

LA CAMISA

DRAMA POPULAR EN TRES ACTOS

Premio Nacional de Teatro de 1963

*A Pilar, compañera de las
horas difíciles.*

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

1180519

12/11/08

José Félix González

Esta obra fue estrenada el día 8 de marzo de 1962 en el Teatro Goya, de Madrid, por «Dido, pequeño teatro», con arreglo al siguiente

REPARTO

(Por orden de intervención)

ABUELA	Carola Fernán Gómez.
AGUSTINILLO	Alberto Alonso.
NACHO	Félix Lumbreras.
SEÑOR PACO	Tomás Carrasco.
MUJER	Emilia Zambrano.
JUAN	Manuel Torremocha.
MARÍA	María Paz Ballesteros.
TÍO MARAVILLAS	Pedro Oliver.
CHAVAL	Jorge Cuadros.
LOLITA	Tina Sáinz.
SEÑORA BALBINA	Rosa Luisa Gorostegui.
LOLO	Emilio Laguna.
LUIS	Joaquín Dicenta.
SEBAS	Alberto Fernández.
RICARDO	Paco Serrano.
LOLA	Margarita Lozano.

Dirección escénica: ALBERTO GONZÁLEZ VERGEL.

Escenografía y ambientación: MANUEL MAMPASO.

La acción transcurre en Madrid, durante los meses de septiembre y octubre de 1960; un momento del llamado Plan de estabilización

PRÓLOGO

Un día del mes de agosto de 1960, se presentó en mi casa un matrimonio obrero: un matrimonio amigo. Ella se llamaba —se llama— Lola. El nombre de él importa menos, pues al verdadero protagonista de LA CAMISA lo encontraría, más adelante, en plena calle. Lola venía a despedirse: se iba a Alemania, a servir. Y no «al rey» precisamente, como dice la canción. Antes de que la emigración fuera más o menos controlada por el organismo sindical correspondiente, muchos de nuestros emigrantes —presas de la ya ancestral desconfianza hacia toda clase de control— se iban a correr su aventura por la buenas. Hubo un modo de irse que alcanzó bastante aceptación entre las familias económicamente débiles. Primero se iba Lola —las incontables Lolas— y se colocaba de criada. La colocación en este quehacer era instantánea. (Balbina, uno de los personajes de LA CAMISA, exclama: «Las criás españolas están muy solicitadas. Tenemos cartel, Lola; como los toreros.») Una vez allí, le buscaba trabajo al marido y éste, sobre seguro y gracias a unos marcos ahorrados por ella, solicitaba su pasaporte alegando que se iba en plan turístico, y salía del país para sumarse a la aventura. El humilde hogar y los hijos —no pocos en muchos casos— quedaban, «provisionalmente», al semiamparo de algún

familiar. El motivo predominante de la escapada era la penuria económica y el paro. Esta situación se repetía, y todavía el problema está en el ruedo, en muchísimos hogares españoles. (Ya pasada la frontera, no hablemos aquí de las muchachas engañadas, prostituidas, etc.) Resumiendo: dramáticamente vivo, un gran tema se hallaba a la espera. Un tema que nos salía al encuentro en cada esquina. Un tema nacional: un tema popular. Sin embargo, faltaba un personaje: Juan.

A Juan creí encontrármelo en dos ocasiones. El primer encuentro se redujo a una brillante seudoverborrea patrioterica que no se sostuvo en pie. El segundo encuentro fue de carne y hueso. Allí estaba Juan: tenso, ensimismado, con un decidido afán en la mirada. En cuanto a la camisa, muchas veces lavada y experta en antesalas, pertenecía al exiguo ropero del autor.

Ya el drama, trágicamente condicionado, estaba más o menos visto. Ahora venía el problema estructural, expresivo. Hay temas que no pueden traicionarse. O se toman o se dejan. Si uno se decide por lo primero, hay que ser honesto y volcarse. No recuerdo de quién es la frase que dice: «Donde hay dolor existe un terreno sagrado.» Y aquí había dolor y, dentro, una angustiosa llamada a la solidaridad. Y ¿qué otro modo para expresar todo esto podía aventajar al que viene del paso, del entremés, del sainete? Un problema del pueblo había que darlo de forma popular, sin concesiones. No se me ocultaba que yo, teatralmente hablando, era un novel. Pero contaba con un arma que podía dar juego. Mis cuentos, mi novela, demostraban que poseía intuición, poder de síntesis, sentido estructural. Con este poder —y no quiero decir que sea excepcional, ni que lo posea en gran medida— saqué adelante el tema. (En alguna ocasión di mi parecer de que «el cuento de hoy» depende más del poema y del teatro que de la novela. Puede decirse que es ésta la influida por aquéllos.)

Ya con LA CAMISA escrita, cayó en mis manos la segunda convocatoria del premio Valle-Inclán. Concurri y mi obra fue la elegida. Los ensayos de 1961 hubo que suspenderlos. Surgieron dificultades y no se autorizó el estreno. Pasaron unos cuantos meses y la noche del 8 de marzo de 1962 pudo alzarse el telón. Días antes del estreno no quedaba una entrada. Existía una gran expectación. Los que se quedaban en la calle no se resignaron y forzaron la entrada. Con espectadores en pie en los pasillos y otros sentados en las escaleras de acomodación, se inició la velada. Tanto yo como los de mi casa estábamos nerviosos. Sabíamos que el ambiente era un poco apasionado, peligroso. Que aquello podía desbarrar. Pero la humanidad del tema y su indudable honradez expositiva fueron abriéndose paso. La crudeza del léxico, limitada a lo preciso y sostenida por la realidad que se iba creando en el escenario, fue aceptada y la noche transcurrió emocionada y emocionante. Dentro de mi pequeña aventura individual, constituye una noche inolvidable. (Quizá sea conveniente decir aquí que no se regaló ni una entrada. No olvidemos que la función era de cámara y su montaje —una magistral faena de Alberto González Vergel— suponía un desembolso considerable.)

Luego, a esperar la crítica. Y ésta respondió casi unánimemente. Después de una breve, pero intensa lucha, se consiguió que LA CAMISA pudiera pasar al campo profesional. Entonces aprendí que hay público de tarde, y público de noche, y de sábado y de viernes, etc. Aprendí cómo el espectador a solas puede ver la obra de un modo y llegar a aplaudirla, y cómo este mismo espectador, yendo acompañado, puede repudiarla y hasta llegar al pateo. Aprendí también cómo ciertos profesionales de la pluma saben nadar y guardar la ropa, y hasta cómo se podía reprimir y falsear el impacto íntimo. También descubrí al espectador emocionado, que no aplaude, pero que se queda sentado en su butaca al finalizar la función y luego, pausadamente

y metido en sí, desaparece con todo el peso de la obra encima.

Como final, me voy a permitir decir lo siguiente: que creo que he cumplido si se acepta LA CAMISA como un honrado intento más de poner en marcha un teatro escrito cara al pueblo.

LAURO OLMO.

ACTO PRIMERO

Al alzarse el telón se ve una calle que, después de ocupar horizontalmente todo el primer término, tuerce en el extremo derecha y se pierde hacia el fondo. En segundo término, a la izquierda, y ocupando algo así como la tercera parte del escenario, se ve una humilde habitación de chabola. A la derecha, una puerta. Ésta da a un solar. Dicho solar, menos por delante, está cercado por una valla. A la derecha del solar, la calle arriba citada. A la derecha de la calle, o sea lateral derecha del escenario, se ve «CASA PACO», la tasca. Al perderse la calle hacia el fondo va a dar contra la fachada de una casa popular de dos pisos. Cada piso tiene un corredor. El fondo de la calle corresponde con el portal de la casa. Hacia la derecha e izquierda de ésta figura cruzar otra calle. Las dos terceras partes del fondo, que es lo no ocupado por la fachada de la casa, es cielo raso. Naturalmente, todo lo anterior corresponde a un barrio extremo de Madrid. Durante los tres actos se mantiene la misma decoración

(En escena se ve a la ABUELA tendiendo ropa en una cuerda que hay en el solar. Las prendas que tiende son: unos calzoncillos, un par de calcetines, un pañuelo y un pantalón. En el solar, sentados en el suelo, están AGUSTINILLO y NACHO. Durante la escena éste fuma. Luego, según la marcha de la acción, tira la colilla, la coge AGUSTINILLO, le da una chupada y la tira a su vez.)

ABUELA.—*(Tendiendo.)* ¡Qué pensará hacer este hombre sin camisa? ¡Qué tiempos éstos! ¡Tiempos de boquilla!...

AGUSTINILLO.—Abuela.

ABUELA.—(*Sin hacer caso, sigue monologando.*) Hasta tres cuerdas de ropa llenaba yo. Y es que había brazo, tajo y ganas de arremeterle al mundo.

AGUSTINILLO.—Abuela.

ABUELA.—(*Igual.*) Sus malos ratos costaba, claro está. Pero los hombres se han hecho pa eso: pa los buenos y pa los malos ratos. Y el que no sea hombre que estire la pata y no nos haga vivir jorobás.

AGUSTINILLO.—(*Levantándose.*) Abuela.

ABUELA.—(*Acabando de tender.*) ¡Abuela! ¡Abuela! ¿Qué quieres?

AGUSTINILLO.—Sólo dos perrillas, abuela.

ABUELA.—¿Y de dónde quieres que las saque?

AGUSTINILLO.—¿Te lo digo?

ABUELA.—¡Condenao! ¡Ya has vuelto a espiarme!

AGUSTINILLO.—No se lo he dicho a nadie. Y si me das las dos perrillas...

ABUELA.—(*Furiosa.*) ¡Dos mordiscos en las entrañas te voy a dar yo a ti!

(*Hace que se va.*)

AGUSTINILLO.—Escucha, abuela. Sólo nos faltan dos perrillas pa...

ABUELA.—(*Enfrentándose.*) ¿Pa qué?

AGUSTINILLO.—Pa comprar unos petardos.

ABUELA.—(*Indignada.*) ¿Petardos? ¿Es que no sabes que tu padre anda sin camisa? Mira, mamarracho (*Le señala, una por una, todas las prendas*): calzoncillos, calcetines, pañuelo y pantalón; pero ¿y la camisa?, ¿dónde está la camisa? ¡Y tú, pensando en comprar petardos!... Reúne, reúne pa la camisa de tu padre, que pueda presentarse ante el capitoste ese. ¡Y déjate de petardos!

(*Coge el cubo donde tenía la ropa y se mete en la chabola.*)

AGUSTINILLO.—(*A NACHO.*) En un calcetín amarillo guarda su dinero. No da na a nadie. Dice que es pa su entierro.

NACHO.—¡Vaya una vieja!

AGUSTINILLO.—¿Y sabes dónde lo esconde?

NACHO.—Debajo un ladrillo, ¿no?

AGUSTINILLO.—No. Lo lleva dentro de ella, sujeto con imperdibles.

(*Pausa.*)

NACHO.—Oye, ¿sabes qué le he dicho al señor Paco?... Que o nos eleva el nivel de vida, o no hay bellas vistas. Se las he puesto a dos reales.

AGUSTINILLO.—¿Y qué?

NACHO.—Na; le pareció caro. «¡Pero si no para de subir to, señor Paco!», le expliqué. Y el tío, ni caso.

AGUSTINILLO.—Es un explotador, ¿verdá?

NACHO.—¡Da asco! En cuanto le ven a uno hecho un desgraciao... Oye, ¿es verdad que tu padre no tie camisa?

AGUSTINILLO.—Sí tiene, pero son de color. Y dice mi madre que pa ir a ver a no sé quién debe ir con camisa blanca y corbata. ¿Es de marica eso?

NACHO.—Yo no iría así.

AGUSTINILLO.—Ni yo. Y menos como dice la abuela, que quiere encasquetarle también cuello duro.

NACHO.—Pues va a parecer un tío forrao de millones.

(*Mira hacia el fondo de la calle y descubre a una mujer con aspecto de «visitadora».*)

AGUSTINILLO.—Nacho, ¿tú crees que...?

NACHO.—(*Cortando.*) ¡Calla! ¡Cállate! (*Corre hacia la valla y mira por una de sus rendijas. Se vuelve hacia AGUSTINILLO y le dice.*) Avisa al señor Paco. ¡Rápido!

(*Queda escondido detrás de la valla.*)

AGUSTINILLO.—(*Corre hacia la tasca y, desde la puerta, exclama.*) ¡Preparaos, señor Paco!

(*Vuelve al lado de NACHO. La mujer se acerca, llena, atractiva. Viste traje de vuelo. El SEÑOR PACO se asoma y la ve. Muy emocionado, exclama.*)

SEÑOR PACO.—¡Os doy un duro!

(*Se oculta otra vez.*)

NACHO.—(A AGUSTINILLO.) ¡Túmbate, de prisa!

AGUSTINILLO.—(*Tirándose al suelo y retorciéndose.*) ¡Ay, mamá, mamáita! ¡Socorro, ay, que me muero!

MUJER.—(*Corriendo a auxiliarle.*) ¡Qué te pasa, chico? ¿Qué tienes?

(*La MUJER se agacha y trata de levantarlo. Entonces se le acerca rápidamente NACHO y le levanta las faldas. El SEÑOR PACO observa sin perder detalle. Los dos golfillos ante la indignación de la MUJER, salen corriendo, uno por el lateral izquierdo y el otro por el fondo de la calle.*)

MUJER.—(*Alisándose las faldas, furiosa.*) ¡Sinvergüenzas! ¡Golfos!

SEÑOR PACO.—(*Que ha salido decidido de la tasca.*) ¡Granujas! ¡Ya os pillaré, ya!

MUJER.—(A SEÑOR PACO.) ¿Pero usted se ha fijado?

SEÑOR PACO.—Sin querer, señorita: involuntariamente. Y permítame decirle, con to respeto, que no lo lamento.

MUJER.—¡Usted es un descarado!

SEÑOR PACO.—Y usted no está hecha: ¡Usted está esculpida!

MUJER.—(*Muy digna y muy ofendida, sale por el fondo derecha, exclamando.*) ¡Gentuza!

SEÑOR PACO.—(*Siguiéndola un poco.*) ¡Qué gachí!

(*Por el lateral izquierdo reaparece NACHO y, pícaro, llega hasta el tabernero y le dice.*)

NACHO.—Qué, señor Paco, ¿satisfecho?

SEÑOR PACO.—¡Qué más quisiera yo, chaval! (*Repe-luzno.*) ¡Ayyy!

AGUSTINILLO.—(*Entra corriendo por el lateral izquierdo y le dice a NACHO.*) ¿Te ha dao el duro?

SEÑOR PACO.—¡Calma, chico! ¡Cálmate!

NACHO.—(*Amenazador.*) ¡Usted dijo un duro!

SEÑOR PACO.—(*Igual.*) ¡Oye! No te me pongas chullillo, ¿eh? ¡A ver si te arreo un sopapo! (*Cambiando el tono.*) Os doblo el realito y abrir cuenta corriente, ¿hace?

NACHO.—(*Amenazador.*) ¡Usted dijo un duro! ¡Veinte reales, señor Paco!

SEÑOR PACO.—(*Sacándose dos reales y dándoselos a AGUSTINILLO.*) Toma, tú que eres sensato, ¡dos realitos! Y largo, ¡fuera de aquí!

(*Les da la espalda y se dirige al interior de la tasca.*)

NACHO.—(*Amenazador.*) ¡Señor Paco!

SEÑOR PACO.—(*Cerca de la puerta.*) ¡Olvídame, pi-piolo!

NACHO.—(*Enérgico.*) ¡Señor Paco! (*El tabernero se da la vuelta y queda en la puerta de la tasca, cara al golfillo. Éste, de repente, se arranca y va a incrustar su cabeza en el vientre del tabernero, haciéndole caer hacia dentro. Al mismo tiempo exclama.*) ¡Tío sucio!

AGUSTINILLO.—(*Agarrando a NACHO.*) ¡Vamos, Nacho! ¡De prisa!

(*Juntos desaparecen corriendo por el fondo de la calle.*)

SEÑOR PACO.—(*Saliendo de la tasca y persiguiéndolos hasta el fondo.*) ¡Hijo de puta! ¡Te voy a patear las tripas! ¡Ya te agarraré, ya! ¡De a metro vas a criar las malvas!

(*Por el fondo de la calle aparece JUAN. Mira hacia el lado por donde han desaparecido su hijo y NACHO. Dirigiéndose al SEÑOR PACO, le pregunta.*)

JUAN.—¿Le ha hecho algo el Agustinillo?

SEÑOR PACO.—No, no es a tu chaval al que estrangularía de buena gana. (*Juntos avanzan.*) El Nacho ese es un golfo. Te está maleando al crío.

JUAN.—Tos andamos maleaos, señor Paco.

(*Se quedan parados. Del último piso de la casa de los corredores sale una voz que, irritada, exclama.*)

VOZ DE MARÍA.—¡Borracho! ¡Indecente! ¿Y a esta hora te presentas a dormir? ¡Y mira la chaqueta cómo la traes! ¿Y el pantalón? ¿Pero te has visto el pantalón? ¡Se acabó, ea! ¡Que te lo zurza tu madre! ¡No te aguanto más! (*Se oye un portazo. Voz alejada.*) ¡Borracho! ¡Asqueroso!

SEÑOR PACO.—¡Qué tía!

JUAN.—¡Pobre mujer!

SEÑOR PACO.—(*Palmeándole la espalda.*) To se arreglará, muchacho. No hay mal que cien años dure.

JUAN.—(*Serio.*) No diga tonterías. Un verano más a la espalda y ahí, (*Señala la chabola.*) Señor Paco, ¡ahí metíos! Y por si fuera poco (*Le muestra sus brazos.*) éstos en el aire, sin un puñetero ladrillo que agarrar.

SEÑOR PACO.—¿Quieres un vasito? Anda, te invito.

JUAN.—Ahora no. Gracias.

SEÑOR PACO.—¿Temes que la Lola se te ponga como esa prójima de ahí arriba?

JUAN.—(*Duro.*) ¡Esa prójima de ahí arriba no tardará

ni un cuarto de hora en volver a su puesto! Y usted lo sabe. ¡Así que cálese!

SEÑOR PACO.—No lo he dicho en mal plan, muchacho.

(*JUAN se dirige hacia la entrada de la chabola. El tabernero se le queda mirando. Luego, con un gesto de circunstancias, se mete en la tasca. JUAN entra en la chabola.*)

ABUELA.—¿Qué?

JUAN.—De vacío, abuela. ¿Y su hija?

ABUELA.—Se ha ido con la niña a por unos tomates.

JUAN.—(*Sentándose en una banqueta que arrima a la mesa.*) Mañana iré al Rastro a echar un vistazo. Su hija tie razón en lo de la camisa. Hay que aparentar un poco, si no...

ABUELA.—¡Natural, hijo! Al Anselmo siempre lo llevaba yo hecho un señor. Y porque era un poco vago, si no, nunca le hubiera faltao un tajo donde desperezar los músculos. Pero, en fin, él tiraba por lo cómodo: ¡nació portero y murió conserje! ¡Ahora, eso sí: siempre con cuello duro! Todavía guardo uno. Con él se casó conmigo. ¡Estirao y apuesto que iba el condenao!

JUAN.—¿Ha venío el Sebas por aquí?

ABUELA.—No, no ha venío nadie. El que se va es el Manolo, el de la Luisa. Le ha escrito su primo desde Ginebra; le dice que allí hay tajo pa él. Se está yendo mucha gente, ¿sabes? Pa Alemania los más. La que ha mandao una carta entusiasmá es la Reme. Esa se ha ido a servir a Londres y dice que el pan anda tirao. Pue ser... Oye, ¿por qué no embarcas a la Lola? ¡A puños esperan esos países criás pa servir! Primero, ella, y, una vez instalá, arrancas tú con los chicos. (*Yendo hacia JUAN.*) Pero ¿qué te pasa, Juan? ¿Estás llorando?

JUAN.—No es na, abuela.

ABUELA.—Hijo.

JUAN.—Déjeme, abuela. ¡Déjeme! Esto pasa de vez en cuando.

ABUELA.—Escucha...

JUAN.—(Dando un puñetazo sobre la mesa y levantándose repentinamente.) ¡Déjeme en paz!

(De la tasca sale el SEÑOR PACO con una mesa y la coloca a la puerta.)

SEÑOR PACO.—(Hacia dentro.) Tráete una banqueta, chaval.

ABUELA.—(Pelando patatas.) ¡Si yo tuviera unos años menos!... Pero ¿dónde va una a mi edad?

(Por el fondo de la calle entra el TÍO MARAVILLAS con un manojo de globos de colores. Al verle, el tabernero exclama.)

SEÑOR PACO.—¡Dichosos los ojos, Maravillas! ¡Tres días sin verte. Pero ¿tanto te dura ahora la merluza?

TÍO MARAVILLAS.—Hay que estirla, amigo. ¿Sabe a cómo está hoy el kilo? ¡A ciento diez pesetas, imagínese!

(Sale el chaval con la banqueta pedida.)

SEÑOR PACO.—Por eso tú las prefieres de a siete el litro, ¿eh? (Coge la banqueta que le alarga el chaval de la tasca. Dirigiéndose a éste.) Sácale un tintorro al tío Maravillas. Invita la casa.

TÍO MARAVILLAS.—Usted siempre da gratis el anzuelo, granuja.

SEÑOR PACO.—¿Qué? ¿Te sientas un ratejo?

TÍO MARAVILLAS.—No, que se me escapa la clientela. ¡Es la hora de los globitos! Y a propósito, ¿ha visto usted el satélite?

SEÑOR PACO.—¿Cuál? ¿El americano o el ruso?

TÍO MARAVILLAS.—¿Pero usted lee la prensa? El ruso ya ha hincado el morro. El de los garbeos ahora es el de la Coca Cola: el «Eco I.» (Sale el chaval con el vaso pedido.) Trae acá, chaval. ¿Qué periódico hojea usted?

(Bebe un trago.)

SEÑOR PACO.—Pueblo.

TÍO MARAVILLAS.—¿Tíe el de anoche?

SEÑOR PACO.—(Al chaval.) Sácate el Pueblo de anoche.

(El chico entra en la tasca.)

TÍO MARAVILLAS.—Además del peso de las botas del Di Stéfano, viene el horario y también las direcciones del balón; digo del «Eco». ¡Con tanto fútbol se hace uno un lío! (El chaval sale con el periódico. El TÍO MARAVILLAS lo coge. Lo hojea. Al fin, lee.) Escuche: «Horas y direcciones pa ver hoy el satélite "Eco I" desde Madrid: 8,19 de la noche, norte de la ciudad, 58 grados NE (Pronuncia "ne"), 10,24 de la noche, norte de la ciudad, 67 grados SE.» (Pronuncia "se".) Hay que verlo, señor Paco. (Dejando el periódico sobre la mesa.) Aunque sólo sea pa contárselo a los nietos.

SEÑOR PACO.—Pero oye: ¿tú entiendes eso de los grados y lo del se y del ne que pone ahí?

TÍO MARAVILLAS.—Yo no me dejo complicar la vida. Alzo la cabeza, ¡y miro! ¿Sabe usted qué he pensao?

SEÑOR PACO.—Tú dirás.

TÍO MARAVILLAS.—Que el día que llenen el firmamento de satélites y los pinten de colores me inmortalizan. Algún nieto suyo leerá en los papeles: «El Tío Maravillas, ¡un español!, precursor de lo interplanetario.» ¡Eh! ¿Qué tal suena? (Brindando.) Va por mi país: ¡El reino de la fantasía!

(En la chabola, la ABUELA ha sacado de la cómoda un cuello duro y trata de colocárselo a JUAN.)

ABUELA.—Irás con aspecto de señor y te harán más caso.

TÍO MARAVILLAS.—(Despidiéndose.) Hasta más ver, señor Paco.

ABUELA.—Enderézate un poco.

TÍO MARAVILLAS.—(*Iniciando la salida.*) ¡Globitos!

ABUELA.—Yo creo una cosa: que en este país, cuando todos llevemos cuello duro...

TÍO MARAVILLAS.—¡Globitos de colores! (*Saliendo.*) ¡Compren globitos!

(*Por el fondo de la calle entra LOLITA. En una bolsa de papel trae tomates. Al pasar por delante del tabernero, este, melifluo, la saluda.*)

SEÑOR PACO.—Hola, nena.

LOLITA.—Buenos días, señor Paco.

(*A LOLITA, azorada, se le cae la bolsa de los tomates y éstos se desparraman por el suelo. Al agacharse a cogerlos enseña las piernas. El tabernero se las mira. Luego va hacia ella y, ayudándola a recoger los tomates, le dice.*)

SEÑOR PACO.—Eres muy guapa, Lolita. (*Pausa.*) ¿Cuántos años tienes?

LOLITA.—Catorce cumpliré en enero.

(*Se levanta con los tomates ya recogidos, menos uno, que le quita al tabernero de las manos. Rápida, se mete en la chabola.*)

SEÑOR PACO.—¡Eres muy guapa!

(*Se va hacia la mesa, coge el periódico y se sienta.*)

LOLITA.—Hola, padre. Los tomates, abuela.

(*Deja la bolsa encima de la mesa.*)

ABUELA.—(*Coge un cántaro de barro que hay al lado del*

fogón y echa agua en el cacharro en el que tiene las patatas ya peladas.) ¿Y tu madre?

LOLITA.—Se ha ido al Rastro a ver si encuentra...

ABUELA.—Ya, ya...

(*La señora BALBINA acaba de salir al primer corredor a tender la ropa que trae en un barrero.*)

BALBINA.—Buena está la mañana, ¿eh, señor Paco?

ABUELA.—Espera, nena.

SEÑOR PACO.—De turista caro, Balbina.

ABUELA.—Te has olvidao del orinal. Sácalo, anda.

BALBINA.—¡Caro y con machacantes USA! (*LOLITA saca el orinal de debajo de la cama y con él sale al solar. En un rincón lo vuelca.*) Lolita, ¿está tu madre ahí?

LOLITA.—No, señora Balbina. Ha ido al Rastro. ¿Quiere usted algo pa ella?

BALBINA.—Cuando vuelva, dila que me llame. Tengo que hablarle.

LOLITA.—Descuide, yo se lo diré.

(*BALBINA se mete dentro de la casa. LOLITA va a meterse en la chabola, pero la voz del tabernero la para.*)

SEÑOR PACO.—Un día te va a pillar el guardia.

LOLITA.—No sería a mí sola, señor Paco. Somos muchos los que...

SEÑOR PACO.—Si fueras... hija mía, vivirías en un piso nuevecito.

ABUELA.—(*Desde dentro de la chabola.*) ¡Nena!

SEÑOR PACO.—Con cuarto de baño y grifos, muchos grifos por los que saliera el agua.

ABUELA.—(*Asomándose a la puerta.*) ¿Qué haces aquí de cháchara? Anda, coge el cántaro y vete a por agua.

SEÑOR PACO.—Hola, abuela.

ABUELA.—(*Se mete, sin hacer caso del tabernero. LOLITA la sigue, deja el orinal debajo de la cama y coge el cántaro. Mientras realiza esto, la ABUELA exclama.*) Ese tío me estomaga. ¡No le des palique! (A JUAN, *que acaba de destapar la olla que hay sobre el fogón.*) Otra vez patatas viudas.

JUAN.—Valen, abuela. Usté las borda.

(*LOLITA acaba de salir con el cántaro, dirigiéndose hacia el lateral derecho. Antes de que salga, el tabernero recalca.*)

SEÑOR PACO.—¡Con muchos grifos, Lolita!

ABUELA.—La práctica, hijo. Los que ya se me atragantan son los tomates con sal. Con aceite aún los paso, pero tal y como los da la tierra...

JUAN.—Son sanos. Y algo alivian este modo de ir tirando.

ABUELA.—Oye, Juan: la niña, de recadera, podría traer unas perras a casa.

JUAN.—No está en la ley que a su edad trabajen.

ABUELA.—¡La ley! ¡La ley! De menos años que ella andan llevando recaos. A la de la Felisa la dan siete pesetas. ¡Y buenas son, hijo! Ya sé que los del sindicato no dejan trabajar hasta los catorce y que el jornalillo es de diez; pero to eso al frutero, o al pastelero, o al que sea, le tie sin cuidao. Y, si no, el Agustínillo podría...

JUAN.—(*Levantándose, iracundo.*) ¡El Agustínillo, al colegio! Dentro de unos días empezarán de nuevo las clases y él volverá a ir. ¡Mañana, tarde y noche, si es preciso! Y si se muere de hambre, ¡que se muera! ¡Pero que se muera con un libro en las manos! ¡Mecagüen...!

(*Sale. Llega hasta la parte de valla que está más cerca de las candilejas y pega en ella un puñetazo. No se ha dado cuenta, por ensimismamiento, de que el tabernero le está observando.*)

SEÑOR PACO.—¿Hay tormenta, muchacho?

JUAN.—(*Entrando en la tasca.*) ¡Sí, hay tormenta!

SEÑOR PACO.—(*Entrando también.*) Chaval, sirve lo que te pidan. Lo primero, a cuenta de la casa.

(*Por el fondo de la calle asoman la cabeza AGUSTINILLO y NACHO. Éste le dice al otro.*)

NACHO.—Hala, vete y da el queo.

AGUSTINILLO.—¿Por qué no vas tú?

NACHO.—(*Empujándole.*) ¡No seas gili!

(*AGUSTINILLO avanza, rápido y de puntillas, hasta la tasca. Y mira con cuidado hacia dentro. Se vuelve hacia NACHO y, soltando un leve silbido golfesco, exclama.*)

AGUSTINILLO.—¡Vía libre!

(*Se juntan en el solar y sacan los petardos para esconderlos.*)

NACHO.—¿Tú cuántos?

AGUSTINILLO.—Sólo dos.

NACHO.—Y tres míos, cinco. Con cinco petardos...

(*Por el lateral derecha acaba de entrar LOLITA, cargada con el cántaro. Se dirige hacia NACHO, cortándole la frase.*)

LOLITA.—(*Ilusionada.*) ¡Nacho!

NACHO.—(*La mira; sin hacerle caso, vuelve al diálogo con AGUSTINILLO, no sin antes exclamar, despectivo.*) ¡Ahora aparece ésta!

LOLITA.—(*Sorprendida.*) Nacho, pero ¿qué te pasa?

NACHO.—(*Girando, como en un tic nervioso, la cabeza hacia ella.*) Na. (*Hacia AGUSTINILLO.*) ¡Vaya un rostro que le echa!

LOLITA.—(*Dejando el cántaro en el suelo.*) No te entiendo.

NACHO.—(*Duro.*) ¡Ayer me diste plantón!

LOLITA.—Fui con mi madre a lavar.

NACHO.—¡Pues se avisa, que uno no es un poste!

LOLITA.—(*Pícaro.*) ¡Nos veremos esta tarde?

NACHO.—(*Cediendo un poco.*) ¡A que te digo que no?

LOLITA.—(*Pícaro y con intención.*) Donde siempre, ¿eh, Nacho?

NACHO.—(*Cediendo y pasando a la sonrisa, le da significativamente con el codo.*) ¡Está bien!

AGUSTINILLO.—¡Una perrilla ca'uno, o me chivo!

NACHO.—(*Amenazándole.*) ¡A que te doy!

LOLITA.—No le hagas caso, no dirá nada.

AGUSTINILLO.—Muy segura estás tú. Lo dicho: ¡por dos perrillas me vendo!

LOLITA.—¡Y si le digo a la abuela que anoche, aprovechando que estaba dormida, casi la desprendiste el calcetín?

AGUSTINILLO.—(*Amenazador.*) ¡Que yo...?

LOLITA.—¡Sí, tú!

AGUSTINILLO.—¡Tu deliras, muchacha!

LOLITA.—(*Intencionada.*) ¡Se lo digo?

AGUSTINILLO.—(*Sigue amenazador.*) ¡Así que os vais a ver donde siempre?

LOLITA.—(*Igual.*) Sí, ¿qué pasa?

AGUSTINILLO.—(*Cediendo.*) ¡Me parece fetén, chicos! (*Hacia la chabola.*) Madre. (*Entra y, al ver que su madre no está, rectifica.*) Oye, abuela: ¿tíes un cacho pan?

ABUELA.—Ni un cacho piedra, hijo. Aguántate un poco. Pronto comeremos algo.

(AGUSTINILLO sale de nuevo al solar y ve a NACHO y a LOLITA «haciendo manitas». Pícaro, les dice.)

AGUSTINILLO.—Aprovechar. ¡La vida es corta!

(LOLITA coge el cántaro y entra en la chabola.)

NACHO.—(*A AGUSTINILLO.*) ¡No seas gamberro!

ABUELA.—(*A LOLITA.*) Échame un poco en la palangana.

NACHO.—Con cinco petardos no hay na que hacer. (*Sale BALBINA y reanuda el tendido de la ropa.*) Si conseguimos tres más, el susto va a ser de bigote.

AGUSTINILLO.—Bueno, a esconderlos.

NACHO.—¡Nos vamos a mondar, verás!

(*El SEÑOR PACO se asoma a la puerta de la tasca.*)

SEÑOR PACO.—(*Comentando en alto hacia BALBINA.*) Desde luego, los veraneantes no saben lo que se han perdido. Llevamos unos días que ni hechos de encargo.

(*Al oír al tabernero, los dos golfillos se esconden detrás de la valla.*)

BALBINA.—Como que el norte se ha trasladado al parque sindical. ¡En mi vida he visto tanta carne amontoná!

SEÑOR PACO.—Si la Luisa no estuviera tan gorda, estoy seguro que dormíamos con manta. (*NACHO le tapa la boca a AGUSTINILLO, que apenas puede contener la risa.*) ¡Pero la condená tie un volumen que...!

BALBINA.—No se queje. ¡Calorcito natural p'al invierno!

AGUSTINILLO.—(*No puede contenerse más y rompe a reír.*) ¡Ay, qué tío!

BALBINA.—(*Señalando al AGUSTINILLO.*) ¡Que se nos monda ese chico! ¡Vaya una risa que le ha entao!

SEÑOR PACO.—(*Descubriendo a NACHO.*) ¡Ah, mamón, ahora me las vas a pagar!

(NACHO, desafiante, se prepara para el regate.)

NACHO.—¡El mamón lo será usted!

(Sale el chaval de la tasca a contemplar la escena.)

SEÑOR PACO.—¡Te voy a partir la boca!

(NACHO le regatea, cae al suelo y el SEÑOR PACO intenta pisarle. NACHO, agilísimo, se levanta y huye por el fondo izquierda. BALBINA ríe con ganas. AGUSTINILLO exclama.)

AGUSTINILLO.—¡Corre, Nacho!

SEÑOR PACO.—(Que ha salido corriendo detrás de NACHO, regresa.) ¡A ese mal nació me lo cargo el día menos pensao! (A AGUSTINILLO.) ¡Y a ti...!

(Le coge de un brazo.)

AGUSTINILLO.—Pero ¿qué le he hecho yo? ¡Si yo no le he hecho na!

SEÑOR PACO.—¡Pero las vas a pagar por el otro!

AGUSTINILLO.—(Soltándose.) ¡Amos, venga! (Sale corriendo por el mismo sitio que NACHO.) ¡Nacho, espérame!

BALBINA.—(Intensificando la risa.) ¡Le sobran a usted grasas!

SEÑOR PACO.—¡La madre que los parió! (Al chico de la tasca, muy furioso.) Y tú, ¿qué coño haces aquí? ¡Hala pa dentro, desgraciao!

(Diciendo lo anterior, le pega un cachetazo, y no llega a pegarle una patada porque el chico ha entrado corriendo en la tasca, donde entra él también.)

BALBINA.—¡No te digo! ¡Como pa hacerle magistrao, vamos!

(MARÍA, la del segundo corredor, sale a éste con una palangana y ropa lavada en ella. Son dos prendas: un pantalón y una chaqueta. Las tiende. Al mismo tiempo, agría la voz, va exclamando.)

MARÍA.—¡A la próxima te degüello o me cuelgo yo de esta cuerda! ¡Maldita sea la hora en que me casé contigo! ¡En las esquinas me debía haber plantao!

BALBINA.—¡Calla, criatura! ¿Qué estás diciendo?

MARÍA.—Pero ¿es esto vida? ¡Borracho el padre! ¡Borracho el hermano! ¡Y por si una no estuviera bastante asqueá, le cae encima este pellejo de tío que no tie reaños pa exigir lo que haga de él un hombre! (Metiéndose.) ¡Que lo degüello o me cuelgo, jurao!

BALBINA.—¡Jurao! ¡Jurao! Aquí, como en las Salesas: ¡to dios jura!

(Entra. En la chabola, la ABUELA, quitándose la bata, se dispone a lavarse.)

LOLITA.—Tarda madre. Debe estar revolviendo to el Rastro.

ABUELA.—(Comenzando a lavarse.) Cuando se va a los sitios con poco dinero, nunca sabe una la hora del regreso.

LOLITA.—¿Encontrará la camisa?

ABUELA.—Hoy to está muy caro, pero algo encontrará. ¡Qué remedio!

(Por el fondo de la calle aparecen SEBAS, LOLO y LUIS. Vienen comentando.)

LOLO.—Menudo andova es el gachó ese. ¡Se las sabe toas!

LUIS.—Es un cara.

SEBAS.—(*Hacia la chabola.*) ¡Juan!

LUIS.—A mí, con tipos así, no me gusta alternar.

SEBAS.—(*Caminando hacia la chabola.*) Ir pidiendo una ronda. ¡Juanillo!

LOLO.—(*Metiéndose en la tasca y hablando encima de las palabras de SEBAS.*) ¡Hay que buscarse un buen padrino, Luis: si no, vamos daos!

SEBAS.—(*Desde la puerta de la chabola.*) ¡Oye, Juan!

LOLITA.—No está.

ABUELA.—(*Secándose con naturalidad.*) ¡Ah! ¿Eres tú, Sebas?

SEBAS.—Yo soy, abuela. ¿Por dónde anda el Juan?

JUAN.—(*Apareciendo en la puerta de la tasca.*) ¡Sebas, aquí estoy!

SEBAS.—Hasta más ver, abuela. Adiós, Lolita.

ABUELA.—(*En voz alta.*) ¿Qué hay de ese viaje?

SEBAS.—(*A mitad de camino entre la chabola y la tasca.*) Con los trapos en la maleta estoy. (*A JUAN.*) Oye, tenemos que hablar. (*Hacia adentro de la tasca.*) Lolo, salíos p'acá, que hay más aire y traeros unos asientos. ¡Me las piro, Juanillo! (*Sacando un pasaporte y tirándolo sobre la mesa.*) Mira, el pasaporte. ¡Dentro de un año regreso con un «Volvaguen» de esos!

LUIS.—(*Que sale de la tasca con dos banquetas.*) Este cree en los perros y en las longanizas.

SEBAS.—(*Sentándose.*) ¡Qué perros ni qué leches! Si el jornal en marcos lo traduces en rubias y tiras éstas en un bautizo, ¡escalabras a tos los chaveas del barrio!

(*Se sienta. El SEÑOR PACO acaba de salir con una frasquilla de tinto, que deja encima de la mesa.*)

SEÑOR PACO.—(*Dirigiéndose a SEBAS.*) En vino se te van a ir a ti los marcos. Unas docenas de chatos, y te quedas sin el sueño de las cuatro ruedas. Y verás cuando te reglamenten las idas al retrete, y no puedas liar el cigarrito durante la faena, y...

SEBAS.—¿Y qué? ¡El que paga exige!

LOLO.—(*Que acaba de salir con una banqueta sobre la cual apoya un pie, al mismo tiempo que se palmea la frente.*) Tenemos caletre de esclavos. Nos hemos acostumbrado a medirlo to por lo que cae en el cazo. Pero ¿y el ver cómo se vive por ahí fuera? ¿El observar cómo los demás pueblos se las ventilan? ¿El llevar la pupila atenta? ¿Qué? ¿Eso no es ná?

SEBAS.—(*A LOLO, mientras llena los vasos.*) Lolo, lo primero un peso suficiente en la cartera, un pequeño bulto, ¿sabes? No es necesario que sea muy gordo. Lo gordo le hace pupa al corazón.

SEÑOR PACO.—(*Con guasa.*) Pero tú, ¿dónde llevas el corazón?

SEBAS.—A la siniestra, amigo; como tos éstos.

SEÑOR PACO.—Pues cuando llegues a tu cuchitril, échale un vistazo a la americana, y verás que el bolsillo del bulto va a la diestra, chalao, que no sabes por dónde te andas. ¿A que llevas la cartera en el bolsillo del culo?

LUIS.—¡A tal jornal, tal...!

SEBAS.—(*Cortando, y al tabernero.*) ¡La llevo donde...! ¡Menos guasa, señor Paco!

SEÑOR PACO.—(*Yendo hacia la tasca.*) ¡Anda, que cómo tenéis los nervios! De un tiempo a esta parte no aguantáis un pelo.

LUIS.—(*Al SEÑOR PACO, que se mete en la tasca.*) Si nos fuera como a usté, que cuando sube el vino sube también el agua...

(*Risas.*)

LOLO.—(*Riéndose y dándole un codazo a LUIS.*) ¡Bien tirao, macho!

SEBAS.—(*A JUAN.*) Juanillo, pero ¿qué te pasa?

LOLO.—Le ha dao por lo triste.

SEBAS.—(*Dándole una palmada a JUAN en la espalda.*) ¡Ánimo, Juan!

LUIS.—(A SEBAS.) ¿Sabes lo que creo que vale un «güevo» en Alemania? Lavar la ropa. Te veo como en la «mili»: restregando el puño.

SEBAS.—(A JUAN.) Mira: yo cruzo pasao mañana la frontera. En cuanto llegue, echo un vistazo y, rápido, te escribo. Si lo que te cuento es bueno, agarras la maleta. (A los otros.) Lo mismo os digo a vosotros.

LOLO.—Yo no espero ni la carta. Quiero dar un garbeo por el mundo antes de que empiece a arrugarme. A lo mejor tengo suertecilla. ¡Quién sabe!

LUIS.—(Señalando a JUAN.) A éste y a mí nos complican la cosa la mujer y los críos. La cuestión vivienda creo que es un hueso. Hay sitios en que duermen como el ganao.

SEBAS.—¡Como que se están yendo por miles! Imagínate el problema.

LUIS.—Sin la mujer se hace un poco cuesta arriba darse el piro. (A JUAN.) ¿Verdá, tú?

SEBAS.—¡Qué tíos! Dejarlas descansar un poco. Luego las cogeréis con más ganas.

LUIS.—No es sólo eso, hombre.

LOLO.—(Pícaro.) Además, las alemanitas... (A SEBAS, dándole con el codo.) ¿Eh, chato?

SEBAS.—¡Ya salió el Lolo! No piensas más que en...

(Le da a su vez con el codo.)

LOLO.—(Cortando.) Que en comer, Sebas. ¡Que en comer! Y si luego...

SEBAS.—(Con intención.) ¿Y si luego?

LOLO.—(Muy pícaro.) ¡Luego, luego! (Risas. LOLO exclama, levantándose.) ¡Togueo! ¡Soy togueo!

(Risas. Tararea unos compases del pasodoble «El Gato Montés» y los baila, marcándolos mucho. A esta escena se le dará mucho aire, mucha viveza desgarrada entre risas. Corta BALBINA, asomándose y exclamando.)



Foto del estreno e
Una esc

BALBINA.—¡No escandalicéis, leñe!

LOLO.—¿Está usted mala?

BALBINA.—Yo no. ¡La vida!

SEBAS.—¡Bien tirao, señá Balbina! ¡Bien tirao!

(Risas)

LUIS.—Vaya un golpe.

LOLO.—¿Un golpe? (Yendo hacia LUIS y dándole un puñetazo en el estómago.) ¡Un directo al hígado, macho!

JUAN.—(Violento.) ¿Queréis callaros?

LOLO.—¡Anda éste! (A los demás.) Pero ¿qué le pasa?

LUIS.—¡No seas chalao, Juan!

SEBAS.—(Dándole con la mano en el hombro.) ¡Ánimo, hombre!

JUAN.—¿Ánimo? La última marmota que ha llegao del pueblo te suelta que si Londres, que si Ginebra, que si... Vamos, ¡que te voltea el mapa como un enterao! (Levantándose.) Y no hablemos de los demás desheredados: tos quieren largarse en busca de un estupendo futuro de lavaplatos o de lo que sea (Cambiando de tono.) ¿Sabéis dónde está ahora mi mujer? En el Rastro. Anda buscando una camisa blanca. (Camina un poco sin apartarse mucho de la mesa. BALBINA ya no está en su corredor. LOLO se ha sentado.) Una camisa que, si le piden más de tres duros, no podrá comprar. Suponiendo que la traiga, mañana mismo me la pondré, y limpio de arriba abajo (Señala la ropa tendida en la cuerda del solar.), ¡ahí está mi traje de luces!, iré a ver al patrón y le diré que se invente un tajo pa mí, que aguante el chaparrón conmigo, que no quiero, ¡que yo no quiero irme! (Pausa.) ¿Os acordáis de mi primo Antonio?

VOZ DE RICARDO.—¡María, por tu madre! ¡Dame los pantalones!

(Voz balbuciente, de borracho.)

JUAN.—Se fue a Ciudad Trujillo y...

VOZ DE MARÍA.—¡Te he dicho que están secándose! ¡Y no me toques!

(Arriba se intensifica la bronca.)

VOZ DE RICARDO.—¡Quiero mis panta... lones, leñe!

VOZ DE MARÍA.—¡Suéltame o te pego un sarténazo!

(Abajo rien.)

VOZ DE RICARDO.—¡Chatita, no me seas mala!

VOZ DE MARÍA.—Oye, ¡el traje de los domingos, ni lo mires! ¡Y no me sobes! ¡Apártate, que apestas!

VOZ DE RICARDO.—(Casi en grito.) ¡Quiero mis panta...!

(Se oye un fuerte golpe y todo queda en silencio.)

LOLO.—¡Que no me caso, ea! ¡Que a mí no me sartenea ninguna gachí!

SEBAS.—Tú y yo picaremos, como todos.

VOZ DE MARÍA.—¡Ricardo!... ¡Ricardo, vida mía!

SEBAS.—Y si no nos dan con la sartén será en perjuicio de las cacerolas.

MARÍA.—(Saliendo al corredor y exclamando hacia abajo.) ¡Señora Balbina! ¡Señora Balbina!

LUIS.—Ni cacerolas ni sartenes. Un buen jornalito y na: los nervios nuevos.

MARÍA.—¡Señora Balbina! ¿Me oye usted?

BALBINA.—(Saliendo a su corredor.) Pero ¿qué le has vuelto a hacer al Ricardo?

MARÍA.—¡Suba, suba de prisa!

BALBINA.—(Metiéndose.) ¡Tu enviudas antes de tiempo!

(MARÍA se mete también.)

JUAN.—¡Todas están histéricas! ¡Maldita sea!

SEBAS.—(A JUAN.) Te vas a dar el garbeo en balde.

VOZ DE MARÍA.—¡Ricardo! ¡Ricardiño! ¡El traje de los domingos y Valdepeñitas! ¡Valdepeñitas embote-llao!... ¡Ay, señora Balbina!...

LOLO.—(Dándole con el codo a LUIS.) ¡Huy, Valdepe-ñitas! ¡Ja, ja!

SEBAS.—No hay más salida que la que nos ha buscao el sindicato: viajecito a Alemania.

MARÍA.—¡Que lo he matao! ¡Que lo he matao!

VOZ DE BALBINA.—¡Cálmate, hija! ¡Cálmate!...

SEBAS.—(A JUAN.) Tú espera mi carta.

VOZ DE BALBINA.—No es ná. Tráeme agua y un cacho esparatrapo.

SEBAS.—(A JUAN.) ¡Y a ver si cambias! ¡Qué tío!

VOZ DE BALBINA.—¿Tiés alcohol?

SEBAS.—Se ha acostumbrao a verlo to negro. Ni que al arco iris se le hubiera muerto el padre.

JUAN.—No estás aclarao, Sebas. Tu frente es de vía estrecha.

SEBAS.—Pero con vagonetas circulando.

JUAN.—Y tú ni enterarte.

LOLO.—Estamos secos. (Voceando.) ¡Eh, señor Paco! ¡Otra frasquilla de morapio!

SEBAS.—Mira, Juan, quiero a la Maruja. Hace diez años que nos hubiéramos casao; pero ¿con qué...? Estoy cerca de los cuarenta, y ella... ¡Con canas! Cuando nos garbeamos juntos y pasa por nuestro lao algún guayabo de los de hoy, se me empieza a ir la vista. Y esto, yendo por lo hondo, no me gusta, y menos la mirá de resignación que, a veces, le enturbia los ojos a la Maruja. Además, últimamente nos hemos descuidao y está...

LOLO.—(Intencionadamente.) ¡Tururú!

SEBAS.—(Continuando.) Preñá. Y si me doy el piro de aquí es por arreglar las cosas. A bastantes hemos des-graciao ya en el barrio y no quiero que la Maruja sea un caso más. ¿Está claro?

JUAN.—Somos unos tipos tristes, Sebas.

LOLO.—¡Pues alejemos la tristeza; no es sana! (Levan-tándose y voceando hacia la tasca.) ¡Chaval! ¡A ver esas cortezas de gorrino, que hay gazuza! (A LUIS.) ¡Échate un cante, tú! ¡No dejes que estos dos agoreros no estro-picien la velá!

TÍO MARAVILLAS.—(Pregón. Voz dentro.) ¡Globitos de colores!

LOLO.—(A LUIS.) Escucha. (Canta.)

Que del fraile me voy a la fraulien.

TÍO MARAVILLAS.—(Voz dentro.) ¡Pal nene! ¡Pa la nena!

LOLO.—

Que a Alemania, muchachos, me voy.

TÍO MARAVILLAS (Voz dentro.) ¡Pal filósofo también!

LOLO.—

Y en el barrio me dejo to el hambre,
la gazuza que pasando estoy.

(Hace palmas. Sale el chaval de la tasca con un plato lleno de cortezas de gorrino.) ¡Olé! ¡Olé! ¡Vivan las cortezas de gorrino! Y que nadie se arrasque, que no va con segundas. ¡Hala, darle al diente y olvidar la vigilia!

(Coge las cortezas de gorrino y las deja sobre la mesa. El chaval se mete de nuevo en la tasca. Por el fondo entra el TÍO MARAVILLAS con su manajo de globos.)

TÍO MARAVILLAS.—(Pregonando.) ¡Globitos! ¡Fabri-caos con materia prima nacional!

LOLO.—¡Hola, tío Maravillas!

TÍO MARAVILLAS.—A los buenos días, señores.

LOLO.—(Hacia dentro.) Chaval: otra banqueta pal tío Maravillas.

SEBAS.—(Levantándose.) Siéntese un ratejo con nosotros, ¿hace?

TÍO MARAVILLAS.—(*Sentándose.*) Se agradece.

LUIS.—Qué, ¿cómo va el negocio?

TÍO MARAVILLAS.—De globo caído, hijo. Los papás y las mamás han cerrao el calcetín y no hay tomate que me salve.

LOLO.—(*Se levanta y se acerca al TÍO MARAVILLAS.*) Ahogue penas, amigo. Y ahora mismo le merco a usted cuatro globitos p'al cónclave éste, que está mustio. Venga, atícese el lingotazo y a despachar, que ha entrao en la tienda un tío forrao de ilusiones.

(SEBAS coge la banqueta que trae el chaval y se sienta nuevamente. El chaval vuelve a la tasca.)

TÍO MARAVILLAS.—(A LOLO.) Unos cuantos clientes como tú y me doy al capitalismo, chato. Ahí va: el primer globito.

LOLO.—(*Lo coge y se lo da a LUIS.*) A la solapa, Luis.

LUIS.—Mis chaveas se van a alegrar.

(*Se lo coloca en el ojal de la solapa.*)

TÍO MARAVILLAS.—(*Dándole el segundo globo a LOLO.*) Sol de España, sol de España en gotas.

LOLO.—(*Dándole el segundo globo a SEBAS.*) Ahí va. Tié el mismo tamaño que tu cabeza. (*Cogiendo el tercer globo y ofreciéndoselo a JUAN.*) Toma, Juanillo.

JUAN.—(*Molesto.*) ¡No estoy pa globos!

TÍO MARAVILLAS.—Cógelo, amigo. Es un trocito de infancia.

(*Por la puerta de la casa de los corredores hace su aparición RICARDO. Avanza hacia la mesa, estirado y vestido de domingo. Un buen trozo de esparadrapo le cruza una de las sienes. (Este personaje no tiene nada que ver con el «chuleta» de sainete costumbrista.) LOLO, al verlo, va a su encuentro con el globo*

que no ha querido JUAN. Se lo coloca en la solapa y, al mismo tiempo, exclama.)

LOLO.—¡Oh, Ricardito! ¡Espejo y flor de maridos mártires! En nombre de los sujetos al yugo del histerismo, te condecoro con... con... (*A los de la mesa.*) ¡Echarme un cable, que me he atascao!

TÍO MARAVILLAS.—(*Solemne.*) ¡Con el gran globo de la ilusión!

LOLO.—(*Yendo hacia la mesa.*) ¡Mucho, cartucho! Ampliad el corro.

(MARÍA se asoma al segundo corredor.)

MARÍA.—Ricardo, no bebas. ¡No te me emborraches otra vez!

RICARDO.—¡No te preocupes, que sólo me queda una sien!

MARÍA.—Dentro de un ratito puedes venir a comer.

SEBAS.—¿A comer? (*Mirándose el reloj.*) ¡Pero si son...! (*Levantándose.*) Salgo arreando. Le prometí a la vieja...

LOLO.—¿Te las das? Aguarda un poco y te acompaño.

SEBAS.—Ni hablar, Lolo. Le he...

LOLO.—Bueno, bueno; me voy contigo. (*Voceando hacia la tasca.*) ¡Señor Paco! ¡A ver qué se le debe! (*Al TÍO MARAVILLAS.*) ¿Qué son los cuatro globos? Y deme el mío, ande.

(*Lo coge y se lo pone.*)

SEBAS.—(A LOLO.) Si tú pagas los globos, yo pago la frasquilla. (*Al tabernero, que sale de la tasca.*) Cóbrese, señor Paco.

TÍO MARAVILLAS.—(A LOLO.) Pa ti, cuatro rubias.

(*Coge un duro y devuelve una peseta.*)

RICARDO.—¿Es que huelo mal?

SEBAS.—Oye, no; es que me tengo que ir. Date cuenta que me largo pasao mañana.

(Se guarda la vuelta que le da el SEÑOR PACO.)

Que se vayan?

RICARDO.—(Sentándose.) ¡Aire! ¡Aire!

SEBAS.—¡Todavía nos veremos, chalao!

LOLO.—(Uniéndose a SEBAS.) Hasta luego, amigos.

SEBAS.—Adiós, Juan.

LUIS.—(Bebiéndose lo que queda en su vaso.) Me voy con vosotros.

RICARDO.—Na; ¡la desbandá!

LOLO.—(Acercándose, guasón, a RICARDO.) Hasta más ver, Ricardito, ¡Valdepeñitas embotellao! ¡Vida mía!

(Le abraza por detrás y sale corriendo hacia el fondo de la calle ante la indignada reacción de RICARDO, que, agarrando amenazador su banqueta, se ha puesto en pie. SEBAS y LUIS, riéndose también, se unen a él y desaparecen por el fondo. Por encima de ellos destacan los tres globos. El tabernero recoge los vasos que sobran y los mete. Mientras realiza esto, JUAN, TÍO MARAVILLAS y RICARDO no han cesado de dialogar.)

TÍO MARAVILLAS.—(A RICARDO.) ¿Quién te ha accidentao? ¿Sigue la luna de miel?

JUAN.—(A RICARDO.) ¿Cómo va lo tuyo?

RICARDO.—Sin apaño ya. El maestro ha tirao las llaves del taller a la «rúe» por si pasa algún jabato que las coja. ¡La ruina, Juan!

«saliente»

JUAN.—(Mordiente.) ¡Mecagüen...!

RICARDO.—Por quien más lo siento es por la María, está desatá y no hay santo que la soporte. De noche, cuando logra dormirse, le brinca el cuerpo; le pega sacudidas eléctricas. Y eso me pasa a mí a veces. Na: que tenemos los nervios cabreaos. Así te explicas que la

columna de sucesos... (Se corta y señala al TÍO MARAVILLAS.) Mira el gachó este: se ha dormío como un niño.

(Alarga el brazo como para despertarle. JUAN se lo impide.)

JUAN.—Déjalo, no lo despiertes. Se pasa las noches en vela. Está de guarda ahí abajo, en unas obras al lao del Manzanares.

RICARDO.—Es un tipo raro, ¿no?

JUAN.—Tos somos un poco raros aquí. Este tuvo un tiempo bueno: mujer, hijos. ¿Te acuerdas del Pacorro, el del pe-cé?

«muñío»

RICARDO.—¿El que palmó en la montaña?

JUAN.—El mismo. Era hijo de éste. También tuvo una hija, la Pili, que se casó con José el falangista. Andan por América. Su mujer está tullía, tié no sé qué de la columna. No gana pa medicamentos.

(Por el fondo de la calle aparece LOLA, la mujer de JUAN. Viene con un paquete pequeño.)

LOLA.—Juan, cuando quieras comemos.

JUAN.—(Levantándose.) Ya.

LOLA.—(A RICARDO.) Pero, chico, ¿qué te ha pasao?

RICARDO.—Exceso de cariño, Lolilla.

LOLA.—¡Pobre María! ¿Qué le has hecho? ¡No tenéis desperdicio! ¡Sigue así, condena, sigue así y verás qué gusto te va a dar cuando la veas en Ciempozuelos! (A JUAN.) Hala, vamos pa dentro. (Otra vez a RICARDO.) Y tú, ¿qué? ¿Ahí hasta que llenes el pellejo?

RICARDO.—Y tú con la escopeta cargá, como siempre. (Quitándose el globo del ojal de la solapa y dándose.) Toma: un regalo pal Agustinillo. ¡Y me voy también, aguafiestas!

(Se levanta.)

Le doy un globo a Juan y voy a casa

LOLA—(Señalando al TIO MARAVILLAS) Y ése, por no perder la costumbre, con su sueño a cuestas, (Siguiendo a JUAN, que acaba de entrar en la chabola.) ¡Perra vida!

(El TIO MARAVILLAS, con su manajo de globos, queda definitivamente dormido sobre la mesa. RICARDO entra en la casa de los alrededores.)

LOLA—(Entrando en la chabola.) Ya estoy de vuelta,

madre. (A LOLITA) ¿Y el Agustiniño? ¡Hala! ¡Arrea a buscarle! (LOLITA sale y se va hacia el fondo de la calle. LOLA deja el globo encima de la mesa, que está puesta para comer. La punta del cordón queda sujeta por un vaso, de modo que el globo quede en el aire.) ¡Vengo asqueá! (Desenvuelve el paquete y muestra una camisa blanca sin cuello y faltándole un trozo de la parte trasera del faldón.) ¡Esta miseria, catorce pesetas!

LOLITA—(Perdiéndose por el fondo izquierda.) ¡Agustiniño!

A BUELA—¡Qué tiempos!

LOLA—(A JUAN) Anda, ven acá, voy a probártela. (JUAN se quita la camisa de color que lleva y se prueba la que ha traído LOLA.) He pensado en el cuello que te usé en el armario. (La A BUELA va a por el cuello.) Y esto de atrás (Señala el trozo que falta), como no se ve, con cualquier trapo se completa. (La A BUELA trae el cuello duro. LOLA lo coge. A JUAN) Siéntate. (JUAN se sienta.) ¡Ponte tieso!

(Empieza a oírse un pasodoble. JUAN se «atiesa», adquiriendo una postura rígida. LOLA le coloca el cuello duro y, acompañada por la A BUELA, se apartan un poco para contemplarle. Entonces el globo se suelta y sube, lento. Los tres miran como se pierde en el espacio mientras cae el

TELÓN



La camisa, en Francia. Teatro Nacional «La comédie de Saint Etienne», abriendo la temporada 1970-1971. (En el personaje de los globos, Jean Daste)

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. Al levantarse el telón, anochece

(En escena, sola y planchando la arreglada camisa de JUAN, está LOLA. Las planchas son de hierro. Planchas de fogón. Éste se ve encendido. La habitación de la chabola está iluminada por la bombilla. La calle está en semipenumbra, como esperando que se encienda el farol. Éste es de los adosados a la pared. Fuera se oyen voces.)

LUIS.—¡Échala, Lolo! ¡Centra!

(LOLO, que ha entrado en escena por el fondo izquierda detrás de un balón de papel, le da una patada a éste y lo lanza hacia el sitio por donde ha entrado al mismo tiempo que exclama.)

LOLO.—¡Ahí te va! ¡Ponlo en órbita! *(Pausa.)* ¡Vaya chut! *(A LUIS, que aparece en plan deportista por el mismo lateral.)* ¡Gol, macho! *(Le da un abrazo y avanzan juntos hacia el centro.)* Debías hacer como las gachís del cine: asegurarte las piernas. ¡Ese derechazo no lo mejora el «Di».

LUIS.—Menos guasa, Lolo.

LOLO.—¿Fuiste al Bernabéu el domingo? Chico, ¡hicieron un gol el «Di» y el Gento...! Se estaba acabando el partido y el marcador a cero. De pronto el Gento echa un vistazo a la presidencia y ve que don Santi le hace una seña con un pañuelo blanco. Así, oye.

(Saca un pañuelo no muy blanco e imita la seña.)

LUIS.—¿No dices que con un pañuelo blanco?

LOLO.—¡Escucha o pito el final del encuentro! Como te decía: señita de don Santi. El Gento la guipa, agarra el balón, coge la vespa y se embala por el verde. Sorteja a cinco o seis desgracias del equipo víctima y, ya cerca de los palos, se saca la bandeja de plata y le sirve el esférico al «Di». Lo demás te lo imaginas, ¿no?

LUIS.—¡De maravilla, macho!

LOLO.—Mientras tanto, el portero, como las vacas suizas: llenándose las ubres de verde.

LUIS.—¡Es mucho «Di» el «Di»! Yo le haría concejal.

entro de la tasca
(RICARDO sale de la tasca tambaleante, muy bebido.)

LOLO.—(Refiriéndose a RICARDO.) Oye, ¿no hueles a pescao?

LUIS.—A pescao del caro, tú.

(Risas.)

LOLO.—(Dándole un cachetito a RICARDO.) ¡A ver un tapón pa éste, que se le sale el mosto!

(Se mete en la tasca.)

LUIS.—(Metiéndose también en la tasca.) ¡Vaya toña!

(MARÍA sale al corredor.)

MARÍA.—(A RICARDO.) Pero ¿otra vez así? ¡Sube, sube ahora mismo (RICARDO se mete nuevamente en la tasca. MARÍA, entrando en su casa.) ¡Mal rayo te parta!

(Por el fondo de la calle, y cogidos de la mano, aparecen LOLITA y NACHO. Éste viene explicando.)

NACHO.—¡Que te digo que está tirao, Lolita! ¿Pero no te das cuenta que el marido de mi tía es profesor del Instituto Laboral? Me hago especialista tornero y salgo por la puerta grande. *(Enlazándola.)* A los seis meses envío desde Alemania un tren especial pa que te recoja. Y allí nos casamos.

LOLITA.—¿Hay curas en Alemania?

NACHO.—¡Alguno habrá, chatilla! Ya estoy deseando que me des el «ja».

LOLITA.—¿El «ja»?

NACHO.—El «sí», tonta. «Ja» es «sí» en alemán. *(Solemne.)* ¡Lolita Martínez!, ¿quiere usté a Nacho Fernández por compañerito de toa la existencia?

LOLITA.—(Solemne también.) ¡«Ja»!

(Se echan a reír los dos.)

NACHO.—Con los primeros cuartos que te envíe te vas a Galerías Preciados y te equipas. Cuando tú aparezcas por allá a los alemanotes tie que caérseles la baba en la cerveza. ¡Que ninguna fraulien pueda compararse con la señora gachí del especialista tornero!

(Rien.)

LOLITA.—Y lo del Instituto ese, ¿crees que vas a conseguirlo? ¿Tú sabes de cuentas? ¿Sumar, restar y to eso?

NACHO.—(Cogiéndole la nariz.) Domino todos los dedos, chatilla.

LOLITA.—Oye, en el «Albarrán» echan una película alemana. Quiero que me lleves. *(Soñadora.)* ¡Se verán

casas! Me gustaría tener una en un valle muy verde y al lado de un río claro: que se vieran las piedras blancas del fondo. *(Ilusionada.)* ¡Debe ser muy bonito vivir bien!

NACHO.—Cuando hablas de estas cosas se te arruga la naricilla ¡y me dan ganas de darte un bocao!

(Intenta besarla.)

LOLITA.—*(Defendiéndose.)* ¡Va a salir mi madre, Nacho!

NACHO.—¡Que me voy a Alemania, chatilla! ¿No quieres despedirte?

LOLITA.—¡Estate quieto!

X *(Nuevamente sale RICARDO de la tasca.)*

NACHO.—*(Insistiendo.)* ¡Dame el morrito!

LOLITA.—*(Forcejeando.)* ¡Nos están viendo!

NACHO.—*(Descubre a RICARDO y, señalándole, exclama.)* ¡Andá, si es el inclinao! *(Acercándose a él y dándole, guasón, un cachetito en el cuello.)* ¡De artesanía es la cogorza, jodío!

RICARDO.—*(Intentando «sacudirle».)* ¿A que te arreo una chufa?

NACHO.—Serán dos. ¿O no me guipas duplicao?

(LOLITA ha descolgado de la cuerda la ropa tendida en el primer acto. Con ella en las manos, aprovecha un descuido de NACHO y le da un precipitado beso. Luego, muy rápida, se mete en la chabola. NACHO da una zapateta en el aire, y con un grito de júbilo, «¡Yuiiii!»), sale corriendo por el fondo de la calle. RICARDO, tambaleante, grita a su vez de la misma forma que NACHO, y, acto seguido, intenta dar otra zapateta y pierde el equilibrio, yendo de lado a caer dentro de la tasca. Se oyen risas. En la Chabola.)

LOLA.—¿Está seca?

LOLITA.—*(Que ha dejado la ropa encima de la cama.)* Está buena pa la plancha.

LOLA.—Mira a ver cuántos arenques hay. ¿De dónde vienes?

LOLITA.—*(Abriendo una pequeña alacena, saca un plato con sardinas arenques.)* He estao con Rosita. Hay doce arenques, madre.

(Deja el plato donde estaba y cierra la alacena.)

LOLA.—No me gusta que salgas con Nacho. Tú no estás pa novios toavía.

LOLITA.—Pero, madre, ¡si no...!

LOLA.—¡Lo dicho! Anda *(Echándole unos calcetines),* zúrcele los calcetines a tu padre.

(Termina de planchar la camisa y la deja sobre una silla. Se dispone a planchar los pantalones.)

LOLITA.—*(Se sienta. Ha cogido una caja de costura. Enhebra una aguja, disponiéndose a zurcir los calcetines.)* Nacho quiere irse a Alemania a trabajar y ganar mucho dinero.

LOLA.—Tos queremos irnos a alguna parte. Tos menos el estúpido de tu padre, que no sé qué espera. «Juan, hay que tomar una decisión. No podemos seguir así.» «Espera, Lola, espera.» Y siempre igual: espera, espera.

(Va al fogón y cambia la plancha. Regresa.)

LOLITA.—¿Hablaste con la señora Balbina?

LOLA.—¿A qué viene eso?

LOLITA.—Preguntó por ti. Se me ha olvidao decirte.

LOLA.—*(Después de una breve pausa.)* Ni con Nacho ni con ningún muerto de hambre del barrio, ¿me oyes?

LOLITA.—(*Tímidamente.*) Nacho es bueno.

LOLA.—Y tu padre, ¿qué? ¿Es un ogro? Tos son lo que tú quieras: buenos, generosos, trabajadores. Y ¿qué?... Mira, hija, cuando me casé con tu padre vinimos a vivir «provisionalmente» a esta chabola. En ella naciste tú y el Agustinillo. Y seguimos aguantando. Era «provisionalmente». ¿Tú sabes lo que es ver llorar a un hombre? Yo he visto llorar a tu padre, ¡lágrimas como puños, hija! Y a solas, cuando creía que nadie le veía. Pero pronto le renacía el ánimo, porque la cosa era «provisionalmente». Las goteras, los días sin carbón, los remiendos, el contener el aliento cuando suenan en la puerta los golpes del cobrador de la luz, o del de los plazos, o las papeletas del Monte que cumplen, to, to era «provisionalmente». Y hasta vuestras enfermedades —tú estuviste a punto de dejarnos, hija— llegaron a parecernos lo mismo. Y estoy harta: harta de sufrir, harta de amar, harta de vivir «provisionalmente». (*Pausa.*) El tres de agosto de mil novecientos cuarenta y cuatro nos casamos tu padre y yo. Estamos en septiembre del sesenta. Han pasado dieciséis años. Demasiaos, hija. Y los mejores. En ellos se ha quedado toa nuestra juventud. ¡No, no salgas con Nacho!

LOLITA.—¿Qué culpa tie padre o Nacho?

LOLA.—Nadie dice que... ¡No es eso, hija! ¡No es eso! Es el fracaso, es el ver al hombre que quieres... (*Señalando la camisa.*) Mira esa camisa. ¡Contéplala! Es la historia de tu casa.

(*De la tasca salen LOLO y LUIS.*)

LOLO.—(*Explicando.*) El Eusebio, el de la pescadería, ¿sabes cuántos?... ¡Doce! No le ha tocao na, claro; pero... ¿te imaginas un boleto con dos aciertos más? Ni Alemania ni na. ¡En los Madriles afincao pa toa la vida...! (*Caminando hacia el fondo.*) Nueve es a lo más que he llegao yo.

LUIS.—(*Con suficiencia.*) Once.

LOLO.—¿Quién, tú?

LUIS.—Como lo oyes: ¡once!

LOLO.—Oye. (*Se paran.*) ¿Nos asociamos?

LUIS.—Y mi mujer, diez.

LOLO.—¿Y tú piensas irte? ¡Quédate aquí, chalao! ¡Tu destino está en las quinielas! ¡Once y diez! Pero ¿tú te has dao cuenta?

LUIS.—Eso es lo normal, hombre.

LOLO.—¿Lo normal? ¿No irás a decirme que to el país está a punto de que le toquen las quinielas?

LUIS.—Con esa ilusión vive.

LOLO.—Entonces yo soy un puñetero desgraciao: ¡un nueve! (*Caminando hacia el fondo izquierda, por el que salen.*) Claro que conozco a un tío que debe tener la ilusión a punto de palmar: ¡es un tres!

LOLA.—Nos han fallao demasiadas cosas. Mira, nena (*Deja de planchar.*), tu padre no va a conseguir na; el momento es muy malo. Lo de la camisa es nuestro último intento. Y también fallará. No hay más que ir a la estación del Norte o a la de Atocha pa darse cuenta. ¿Cuántos de los que se van no se habrán puesto su mejor ropa, su mejor camisa antes de decidirse? ¿Cuántas antesalas pa na? ¡No sabes con qué dolor, hija, quiero que tu padre pase por lo mismo! Y si algún día decide también marcharse, que nunca, ante sí mismo, o ante los demás, pueda reprocharse o acusarse de... Pero no se irá; a tu padre le tira demasio la tierra. Me iré yo. Seis meses, un año; hasta que él salga de las chapuzas y vuelva a encontrar algo fijo. Tú le cuidarás, y también al Agustinillo. (*Reanuda el planchado, no sin antes cambiar la plancha por la del fogón.*) La abuela te echará una mano. (*Pausa.*) ¿Te gustaría ir a una buena academia y aprender el corte?

LOLITA.—Si se va Nacho, madre, yo...

LOLA.—¡Tú eres tonta! (*Acaba de planchar el pantalón y lo deja al lado de la camisa. Coge los calzoncillos y sigue planchando. LOLITA termina de zurcir un calcetín y lo echa encima de la cama. Sigue zurciendo el otro. El diálogo no*

ha cesado.) En cuanto se vea con unas perras en el bolsillo se olvidará de ti. Y aspirará a la hija del barbero, o a alguna como la Merche, la de la ferretería. Además, es un crío. Tie tiempo por delante pa jugar con unas cuantas como tú y luego olvidarlas.

LOLITA.—(*Dolida.*) Madre...

LOLA.—(*Cortando, enérgica.*) ¡Ea, que eres muy niña! ¡Que no quiero que salgas ni con él ni con nadie! (*Pausa.*) Aprenderás corte y confección, y cuando te sientas alguien, entonces... ¡No quiero más víctimas en mi familia! Hay que aspirar, hija, a una casa con ventanas amplias, donde el sol y el aire se encuentren a gusto, donde el agua corra, donde cada cual tenga su cama pa poder darle un repaso al día vivido. Y una mesa, con dos o tres sillas de más pa la convivencia. Una casa que no te aprisione, que no te reduzca el cerebro. ¡Un hogar, nena! (*Pausa.*) Ayer, cuando estuvimos lavando en casa del señor Sánchez, ¿te fijaste? To lo que he dicho y más había allí. ¿Y la habitación de los niños? Existe, hija; to eso existe. Y el señor Sánchez no era ningún privilegio. ¡Era un cualquiera! (*Por la puerta de la casa de los corredores sale ahora la SEÑORA BALBINA. Avanza hacia la chabola.*) Montarás un taller. Empezarás con una o dos aprendizas, y entre todos lograremos que el Agustinillo...

(*Entra la SEÑORA BALBINA.*)

BALBINA.—Arreglao, Lola.

LOLA.—¿Ha escrito ya?

(*Deja la plancha.*)

BALBINA.—A la María. Se ha colocao en un bar, en la cocina. (*Risueña.*) Cuenta que al ver la despensa se echó a llorar. ¡La pobre desgraciá! Bueno, al grano. (*Se sienta.*) ¿Has hablao con el Juan? (*Cortándose y señalando a LOLITA.*) Oye, y ésta, ¿qué?

LOLA.—No se preocupe, está enterá.

BALBINA.—¿Qué te ha dicho el Juan?

LOLA.—Toavía no sabe na. No es momento aún pa decírselo. Pero a mí no me para ya nadie. ¡A la fuerza ahorcan!

BALBINA.—Ties que arreglarte el pasaporte. Con to y el billete te andará la cosa alrededor de las mil quinientas. ¿Las tienes?

LOLA.—(*Se ríe un poco, nerviosamente.*) No, no las tengo. (*Extraña.*) Mi madre, el calcetín amarillo, sus ahorros pa la muerte... (*Vuelve a reír, igual. Ligera pausa.*) Hablaré con ella. De tos modos, no creo que tenga tanto. Venderé el armario, no sé. ¡Si pudiera irme embalá y a porte debido!

(*Ríe de nuevo, nerviosamente.*)

BALBINA.—No te rías así, mujer. Ya veremos el modo de arreglarlo. Irás a casa de un español casao con una de allá.

LOLA.—(*Con gesto de preocupación.*) ¿De un español?

BALBINA.—De uno que lleva muchos años en el extranjero. No te preocupes, ése ya está aireao. No vais a regatear. Y menuda ventaja es el que entres con el idioma de la casa.

LOLA.—Estoy muy desengañá. Preferiría servir en otro sitio más acostumbrao a... no sé, más hecho al dinero, más hecho a considerar que el que trabaja...

(*Termina de planchar el calzoncillo y lo mete en el armario. Retira la plancha de la mesa. Luego, cogiendo la camisa, la guarda también. Saca una percha y cuelga el pantalón, que también mete en el armario. Hace lo mismo con la manta de planchar, etc. Todo vuelve a su sitio. Durante este trajín, el diálogo no ha cesado.*)

BALBINA.—Pero mujer, tú vete ahí, y si ves que no te conviene, te largas. Por esos países las criás españolas

están muy sollicitás. *(Por el lateral izquierdo entra la ABUELA.)* Tenemos cartel, Lola. ¡Como los toreros!

ABUELA.—*(Entrando.)* Hola, Balbina.

BALBINA.—Hola, abuela. *(Riéndose.)* Qué, ¿de la cita?

ABUELA.—*(A LOLITA.)* Déjame el sitio, nena. *(LOLITA se sienta en otra silla. La ABUELA, que viene fatigada, lo hace en el asiento que le acaba de dejar LOLITA. A BALBINA.)* Pa citas estoy yo. El último mocito que me echó una mirá fetén es hoy un carcamal. *(Dándole un cachete en el muslo.)* Eso tú, que todavía ties las nalgas azotables.

BALBINA.—*(Indicando a LOLITA.)* ¡Abuela! ¡La niña!

(El tono grave de la exclamación es cómico.)

ABUELA.—No he dicho na del otro mundo. Además, ésa ya sabe más que tú y que yo. El cine las está estropeando.

LOLA.—Señora Balbina, explíqueme a mi madre...

ABUELA.—*(Cortando.)* ¿Que te vas? Es muy pequeña la casa y el barrio. Aquí to se sabe.

LOLA.—Madre, no se lo había dicho antes porque...

ABUELA.—Sí, por no alargarme el disgusto. Soy muy vieja, ¿eh? ¡Vete, hija! ¡Vete! ¡No sé cómo no te has decidió antes!

BALBINA.—*(Intencionadamente.)* ¡Y yo que creí que el viaje! ¿Sabe qué cuesta, abuela? ¡Mil más! *(La abuela le da la espalda al oír la lo increíble es que en esa cantidá van os del pasaporte. ¡Y hasta se pué tomar n jamón en el coche restorán, si se le tje tirao! Mi hermana, Sebastiana, ¡que pobre!, tenía sus ahorrillos metíos en a caja de pino!, decía. Vino la guerra y ¡ definitivamente arrugá al final de ré pasó con el calcetín, abuela? Pues si yo tampoco. ¡Anda y que no da sor- no digamos ahora, con to ese lío de la*

atómica, la hache y demás pildoritas. ¡Ni absolución, ni responso, ni caja de pino, ni na! ¡Volatilizaos! ¡Polvitos al éter! *(Exclamando, definitiva.)* ¡Como pa ahorrar, vamos! *(Se levanta.)* Bueno, hasta luego. Cuidao, niña: ¡no vayas a zurcir también el calcetín por donde se mete el pie! *(Poniendo una mano sobre el hombro de la ABUELA.)* No será necesario, ¿verdad? *(BALBINA le hace señas a LOLA, indicándole que insista. Se va exclamando.)* ¡En el extranjero te vas a forrar, Lola! ¡Qué suerte la de usté, abuela, que tie toavía una hija joven!

(Repite las señas a LOLA, y se va, calle adelante, hasta entrar en su casa.)

ABUELA.—*(Se desabrocha la pechera. Luego se saca el calcetín amarillo. Todo calmosamente. Vuelca el contenido del calcetín sobre la mesa. LOLA, en silencio, la contempla. Igual LOLITA. Durante un instante las tres miran el montoncito de billetes y alguna moneda. Al fin, la ABUELA exclama.)* ¡Mil trescientas catorce con una moneda de dos reales!

LOLA.—*(Muy emocionada.)* Gracias, madre. Gracias, mamá.

(Dentro de la tasca se oye la voz de RICARDO.)

VOZ DE RICARDO.—*(Borracho.)*

Que del fraile me voy a la fraulien,
que a Alemania, muchachos, me voy,
y en el barrio me dejo to el hambre,
la gazuza que pasando estoy.

(A continuación del primer verso de la canción, en la casa de los corredores se enciende la luz de la vivienda de MARÍA. Sale ésta al corredor y palpa la chaqueta y el pantalón tendidos en la cuerda. Los descuelga. Con ellos en la mano, se queda mirando hacia la tasca. Acabada la canción, MARÍA exclama.)

MARÍA.—¡Un día me quedo sin él! Algo se me escapará de las manos. Pero ¿qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo?

(Esta última exclamación la dice metiéndose. En la chabola, la ABUELA se ha quedado ensimismada. LOLA ha recogido el dinero y lo ha vuelto a meter en el calcetín. LOLITA ha terminado de zurcir el segundo calcetín, y, cogiendo el otro de encima de la cama, mete los dos en el armario.)

LOLA.—¿Cuántos arenques dijiste?

LOLITA.—Doce.

LOLA.—*(Pensativa.)* Doce... Sal y dale una voz al Agustinillo. Y mira si tu padre está en la tasca. Dile que vamos a cenar.

LOLITA.—*(Sale. Ya fuera, se va hacia el fondo y vocea.)* ¡Agustinillo, a cenar! ¡Agustinillo! *(El SEÑOR PACO, atraído por las voces, sale a la puerta de la tasca. LOLITA se dirige a él.)* ¿Está mi padre ahí?

SEÑOR PACO.—No está, preciosa.

LOLITA.—¿Por dónde andará?

SEÑOR PACO.—¿Quieres que vayamos a buscarlo? PUE que esté en la tasca del Rubio, y no vas a bajar tú solita por ese descampao.

LOLITA.—Sé andar sola, señor Paco.

SEÑOR PACO.—Oye, preciosa. *(Acercándose a ella.)* Tu papá está desesperao, ¿no te has dao cuenta? El que está parao no come. Tú podías ayudarle.

LOLITA.—*(Separándose un poco.)* ¿Cómo, señor Paco?

SEÑOR PACO.—*(Acercándose nuevamente y poniéndole una mano en el hombro.)* No te asustes, pequeña. Escúchame.

LOLITA.—*(Quitándose de un manotazo.)* ¡No me toque!

SEÑOR PACO.—Pero, hijita, ¿qué mal hay en ello? Si puedo ser tu abuelo. Verás: yo necesito una muchacha pa que ayude a mi señora. ¿No quieres ganar veinte.

duros al mes? Y desayuno, comida y cena. Y si quieres, merienda también. Hasta camita, preciosa. To un cuarto pa ti. ¡Cien pesetonas al mes, piénsalo! Y un durete te caería de vez en cuando pa que fueras al cine. ¿Eh? ¿Qué me dices?

LOLITA.—¡Que se lo diré a mi padre!

SEÑOR PACO.—Tu madre es una criá, niña. Nadie te ha hecho de menos. Y dile a tu padre lo que quieras. Lo único que ha pasao aquí es que te han ofrecio una colocación.

(LOLITA se va hacia el fondo y vocea hacia el lateral izquierda.)

LOLITA.—¡Agustinillo! *(Desapareciendo.)* ¡A cenar!
SEÑOR PACO.—Toavía tienen pa cenar.

(Metiéndose en la tasca.)

LOLITA.—*(Voz dentro.)* ¡Venga! *(Reaparece y ve a su padre entrar por el lateral derecho. En tono más bajo le dice.)* Padre, podemos cenar ya.

JUAN.—*(Avanzando hacia la chabola.)* Está bien.

LOLITA.—Padre.

JUAN.—Dime.

LOLITA.—*(Mirando hacia la tasca.)* ¿Sabes que...?

JUAN.—¿Qué?

LOLITA.—Pues... Na, padre; una tontería.

(Entran en la chabola.)

AGUSTINILLO.—*(Aparece corriendo por el fondo y entra también.)* ¡Aquí estoy! *(La mesa está preparada para cenar. AGUSTINILLO, al ver las sardinas y los trozos de tomate en los platos, irónicamente y frotándose las manos, exclama.)* ¡Hombre! ¡Pollo otra vez! ¡Hoy me toca a mí el muslo! *(A su hermana.)* Lolita, ¡te lo cambio por la pechuga! ¿Hace?

(Se sienta.)

LOLITA.—(*Sentándose a su vez.*) No, que te va a dar un empacho.

AGUSTINILLO.—(*Intencionadamente.*) Un día tenemos que cenar sardinas arenques, ¡como los desgraciaos!

JUAN.—(*Sentándose.*) ¡Cállate.

AGUSTINILLO.—¿A cuántas tocamos hoy, madre?

LOLA.—(*Sentándose.*) Los hombres, a tres.

ABUELA.—Come las que quieras, yo estoy desganá.

(Todos, menos la ABUELA, comienzan a comer. Un aparato de radio deja oír la sintonía de Radio Nacional. A continuación suenan las diez de la noche. Se oye la voz del primer locutor.)

VOZ 1.^a.—Acaban de oír ustedes las diez de la noche en el reloj del Palacio de Comunicaciones de Madrid.

VOZ 2.^a.—Quinto diario hablado de Radio Nacional de España.

VOZ 1.^a.—Índice informativo: La O. E. C. E. califica de espectacular la recuperación de reservas de oro y divisas en España.

VOZ 2.^a.—Kruschef provoca consultas urgentes en Occidente.

VOZ 1.^a.—El ministro y presidente del Consejo de Economía Nacional, don Pedro Gual Villalbí, pronunciará el pregón de las fiestas de la Merced.

VOZ 2.^a.—Creciente infiltración comunista en el Perú.

VOZ 1.^a.—Nueva York. Estallan dos bombas en Manhattan.

(Se apagan las voces de los locutores y sale al corredor la SEÑORA BALBINA llamando a MARÍA.)

BALBINA.—(*Hacia arriba.*) ¡María! (*Para sí.*) ¡Está bueno el mundo!

MARÍA.—(*Asomándose.*) ¿Me llama usted, señá Balbina?

BALBINA.—Sí, hija. Préstame un poquito de sal, anda. Una miaja na más. ¿Subo?

MARÍA.—Ahora mismo se la bajo.

BALBINA.—Gracias, hija. No puedo ya con las escaleras. Oye, ¿a qué hora pasa el satélite?

MARÍA.—No tardará. ¿Aún no lo ha visto usted? Parece una estrella y atraviesa to el cielo de Madrid.

BALBINA.—(*Irónica.*) Y ¿a dónde conduce? ¿A Belén?... ¡Le estoy cogiendo hincha a los sabios!

(Se mete. MARÍA se mete también. En la chabola.)

LOLA.—Coma usted algo, madre.

AGUSTINILLO.—(*Solicito, alargándole un bocadillo que ha hecho con pan y un arenque.*) Toma, abuela, un bocadillo de arenque, ¡sabrosón como él solo!

JUAN.—(*A la ABUELA, que rechaza el bocadillo.*) ¿Le pasa a usted algo?

LOLITA.—Abuelita, ¿por qué...?

JUAN.—(*Cortando.*) ¡Dejarla en paz!

(La ABUELA se levanta y, calmosamente, se dirige hacia la cama. LOLA intenta ir a su lado. JUAN la detiene.)

JUAN.—Déjala. Conozco ese estao. Un poco de soledá pa rumiarlo es lo que le vendría bien ahora.

LOLA.—(*Pausa.*) Juan, Si te falla el patrón, ¿qué?... Contando al Sebas, ¿Cuántos se han ido ya del barrio?... Te asusta el número, ¿eh?

JUAN.—Trabajaban en talleres, en fábricas pequeñas.

LOLA.—Y en grandes. Piensa en la del Sebas.

JUAN.—¡Pienso en mi patrón! (*Cambiando el tono.*) Me oirá. Mi deber es que me oiga y el suyo escucharle.

LOLA.—Palabras. Palabrería. Lo más que lograrás es un cachetito amistoso. Y no esperes que la mano que te

lo dé caiga en la cuenta de que pega en hueso. En hueso descarnao. Las manos gordezuelas, Juan, tienen atascá la sensibilidad.

JUAN.—¿A qué viene eso ahora?

LOLA.—¡A que estoy harta de to esto! ¡A que mis hijos están en edá de crecer! ¡A que...! ¡Yo qué sé a qué!

JUAN.—Me oirá, Lola. (A LOLITA y AGUSTINILLO.) Tie que oírme. Sí. Sí. Mi hoja de servicios es buena. He demostraó que sé trabajar. Me oirá, sí que me oirá. Le hablaré de vosotros. De lo que pienso hacer de ti, Agustínillo...

LOLA.—(Cortando, violenta.) ¡A mis hijos ni se los nombres! ¡Y métete esto en la cabeza! ¡Háblale de ti! ¡Del obrero Juan! ¡Del albañil! Lo demás es mendigar.

AGUSTINILLO.—(Pausa.) Ese arenque es tuyo, padre.

JUAN.—Cómetelo tú.

AGUSTINILLO.—(Alargándole un trozo de tomate.) Te lo cambio por este trozo de tomate.

(JUAN lo coge.)

LOLITA.—(Protestando.) ¡Qué fresco! ¡Ese trozo de tomate es mío!

JUAN.—(Alargándose.) Tómallo, hija.

LOLA.—(Enérgica.) ¡Niña!

JUAN.—Pero madre! (Señala a su hermano.) ¡Si se le está dando a él! ¡Y cinco arenques lleva!

LOLA.—¡Chivata!

JUAN.—Toma, padre; te lo doy.

LOLITA.—(Cogerlo y empujándolo con la mano hacia su hermano.)

JUAN.—(En eso ties razón, Lola. Na de hablarle de los hijos.)

LOLA.—El trabajo es el trabajo! ¿Qué tal me ha salido? ¿Vas a ir hecho un novio!

JUAN.—(Levantándose.) ¡Vas a ir hecho un novio!

LOLITA.—(Cogiendo la camisa.) ¡Vas a ir hecho un novio!

LOLA.—To lo ties a punto.

LOLITA.—(Mostrándole la camisa.) ¡Mírala, padre!

AGUSTINILLO.—(Levantándose.) ¿Te vas a poner corbata?

LOLITA.—¡Claro que sí! (A su padre.) Ties que aparentar que eres rico, ¿verdad?

(Lleva la camisa a donde estaba.)

AGUSTINILLO.—Yo me vestiría de «cua-buay».

LOLA.—(Extrañada.) ¿De qué?

AGUSTINILLO.—¡De «cua-buay»!

LOLITA.—¿No sabéis lo que es un «cua-buay»? Un norteamericano encima de un caballo con dos pistolas y lazo.

AGUSTINILLO.—¡O de gánster, padre! (Hace que empuña una metralleta y, rapidísimo, imita los disparos.) ¡Taca-taca-taca-taca-taca! O de...

LOLA.—(Cortando.) Pero ¿qué tonterías son éstas? (A LOLITA.) No te olvides luego de limpiarle los zapatos a tu padre.

(Se dispone a fregar lo poco que han ensuciado. LOLITA recoge y limpia la mesa.)

AGUSTINILLO.—(A su padre.) ¿Sabes una cosa? Nacho va a decirle a su tío que lo meta en un instituto laboral. Quiere aprender mucho. Y ¿sabes pa qué? Pa irse a Munich. Munich es una ciudad de Alemania. Creo que allí los hijos de pobre viven como los hijos de rico, y los hijos de rico, como don Epifanio, «el nóminas».

(JUAN se sienta.)

LOLITA.—Padre, ¿tú has visto «Sissi, emperatriz»? Es una película formidable; sin penas. Deberíamos irnos los cuatro: tos a vivir a Alemania.

AGUSTINILLO.—En Suiza también se vive bien. Y en Australia. ¡Y en Texas, padre! (Rápido, hace que empuña

dos pistolas. Al mismo tiempo exclama.) ¡Arriba las manos! ¡Que tos los señores gordos suelten la pasta! (Con desplante, le da a su padre un cachete en el hombro y, confanzudo, le dice.) ¡Formidable! ¡Eh, macho?

JUAN.—(Levantándose amenazador.) ¡Quieres que te arree una guantá, mamarracho?

LOLA.—¡Quieren irse! ¡Tos queremos irnos! ¡A vivir!

JUAN.—(Duro, seco.) Pues de esta casa no se mueve nadie.

LOLA.—No me tires de la lengua que la armamos, ¿eh?

JUAN.—¡Un céntimo! ¡Un solo céntimo que consiga yo traer a mi casa y no hay huida pa nadie! ¡Que quede bien claro!

LOLA.—¡Fanfarrón!

JUAN.—¿Qué dices?

LOLA.—(Enfrentándose con JUAN.) Esto: ¡que no permitiré que hagas de mis hijos dos mártires más!

JUAN.—Han nació aquí, Lola. Su hambre es de aquí. Y es aquí donde tienen que luchar pa saciarla. No debemos permitir que tu hambre, que nuestra hambre se convierta en un trasto inútil.

LOLA.—Otra de tus frases.

JUAN.—Sí, otra de mis frases. Pero que va a cumplir treinta y nueve años. ¡Fíjate si lleva hambre dentro!

(Pausa.)

LOLA.—Yo trabajo tanto o más que tú.

JUAN.—Lo sé.

LOLA.—Esto da derechos. ¿También lo sabes?

JUAN.—También lo sé.

LOLA.—Pues escucha: mañana te plantas la camisa y te vas a ver al patrón. Y si el patrón falla...

JUAN.—Si el patrón falla, ¿qué?

LOLA.—Seguiré lavando, fregando, haciendo lo que sea, pero aquí, ¡no!

JUAN.—(Extraño y seguro.) ¡El patrón no fallará!

(Por el fondo derecha sale el TÍO MARAVILLAS con un manajo de globos.)

TÍO MARAVILLAS.—(Pregonando.) ¡Pal nene! ¡Pa la nena! ¡Pal filósofo también! ¡Globitos! ¡Globitos de colores!

(Se tambalea un poco y, por la voz también, se le nota que está bebido. A lo lejos se oyen voces que se acercan cantando.)

VOCES.—No me marchó por las chicas, que las chicas, guapas son, guapas son...

(Como fondo, sigue escuchándose la canción, RICARDO sale de la tasca borracho.)

RICARDO.—(Al TÍO MARAVILLAS.) Oye, Maravillas: dame dos globitos pa la María, anda. Y que tengan muchos colorines, que no quiero que se me cabree otra vez. Anda, sé bueno.

(Por el fondo izquierda entran SEBAS, LOLO y LUIS, cantando.)

LOS TRES.—Me marchó porque en el barrio ya no queda un pelucón.

LOLO.—(Al TÍO MARAVILLAS.) Pero ¿aún no ha echao el cierre?

TÍO MARAVILLAS.—Le falta grasa.

LOLO.—Échele salivilla, que a lo mejor es comprensivo.

SEBAS.—(Empujándolos hacia la tasca, donde entran.) Tos pa dentro, que va de despedia. (A LOLO, que va a entrar en la tasca.) Lolo, ¿está ahí el Juan?

LOLO.—No está, Sebas.

(Entran todos en la tasca menos SEBAS. Éste se dirige hacia la chabola cantando.)

SEBAS.—Me marchó porque en el barrio ya no queda un pelucón.

(Entrando en la chabola.) A las buenas tardes. Anda, Juanillo, ven a echarte un vaso y a desearme buen viaje.

LOLA.—¡Qué suerte la tuya!

SEBAS.—Al alcance de cualquier desgraciao, Lola. *(A la ABUELA.)* ¿Está usted mala, abuela?

ABUELA.—*(Desde la cama.)* Estoy que no me encuentro.

SEBAS.—¿Ha mirao usted debajo la cama? *(A JUAN.)* Hala, Juan.

(JUAN se levanta.)

LOLA.—*(A SEBAS.)* A ver si le animas y le quitas de la cabeza la heroicidad.

SEBAS.—Descuida, te lo voy a secuestrar con la primera carta que le escriba. Abuela, ¿le hace una copilla de anís a mi salud? Eso la entonará. Y otra pa ti, Lola. Que venga el chaval y os las trae.

LOLA.—*(A SEBAS, señalando a JUAN.)* Más vale que se las beba ése, que hace siglos que no sonrío.

SEBAS.—*(Con intención.)* A éste le voy a dar cerveza a acostumbrando.

(esperado.) ¡A mí me vais a dar leches! ¡No más!

(ale.)

Agustinillo, tráete el barreño, que os lo voy a... *(AGUSTINILLO sale detrás de SEBAS y se a tasca, en la que entra. SEBAS le dice a pases de la raya, hombre. frentándose con SEBAS.)* ¿Te quieres meter

en la sesera que la mayoría no os vais: que huís? ¡Es la espantá! Y lo que a muchos no os aguanto es que os larguéis maldiciendo la tierra que os parió. ¿Qué culpa tie la tierra? ¡Mecagüen...!

(Secundando las últimas exclamaciones de JUAN, de la tasca salen ruidos de ambientación. SEBAS, con un gesto de circunstancias, entra en ella seguido, un poco lentamente, por JUAN. Ya dentro, SEBAS exclama.)

SEBAS.—¡Vino pa tos!

ABUELA.—Nena, extiende la cama. *(A LOLA.)* Está duro el Juan, hija.

LOLA.—*(Acabando de fregar en el barreño.)* Ya se ablandará. *(Coge el barreño y sale al solar a tirar el agua. Entrando.)* Pocos son los que se van por gusto.

(LOLITA, que ya ha dejado completamente libre la mesa, se pone a desarmar ésta, que es un mueble-cama. Previamente, apartando las banquetas, ha hecho sitio. Dentro del mueble-cama está el colchón, sábanas y una manta. AGUSTINILLO sale de la tasca con dos copas de anís. Al llegar al centro se para y después de mirar a un lado y a otro, sorbe un poco de cada copa. Relamiéndose, exclama.)

AGUSTINILLO.—¡Está de buten! *(Entra en la chabola.)* ¿Me dejáis echar un chupito?

ABUELA.—*(Que se ha levantado de la cama, le quita las copas a AGUSTINILLO.)* Trae p'acá, condena. Échame el aliento, anda: ¡que vienen mediás!

(Se bebe de un trago una de las copas.)

AGUSTINILLO.—*(A LOLITA.)* ¿Te has fijao? La abuela bebe como «Richard Vidmar», ¡qué tía!

LOLA.—(Coge la copa que le alarga la ABUELA. Bebe un poco y se la ofrece a LOLITA.) Toma, prueba un poquito.

AGUSTINILLO.—¿Y yo a dieta?

LOLITA.—(Bebiendo.) ¡Qué rico!

LOLA.—(Cogiendo la copa que le devuelve LOLITA.) ¿De verda que no lo has probao?

AGUSTINILLO.—¡Sólo del de la abuela!

LOLA.—Estás tú bueno. (Bebe lo que queda en la copa y se la da vacía a su hijo.) Anda, devuélvelas.

AGUSTINILLO.—(Coge las copas vacías y sale exclamando.) ¡Qué gente más tacaña! (Al llegar al medio de la calle trata de sorber las gotas de anís que quedan en las copas. Y al levantar la cabeza, a voz en grito, exclama.) ¡El satélite! (Entra corriendo en la tasca y vuelve a exclamar.) ¡El satélite!

LOLITA.—(Sale corriendo seguida por la ABUELA. Detrás de ellas sale LOLA.) ¡El satélite!

MARÍA.—(Sale al corredor, mira y señala un lugar en el cielo.) ¡Allí! ¡Allí!

BALBINA.—(Sale a su corredor tratando de descubrir el satélite.) ¿Dónde?

MARÍA.—(Señalando.) ¡Allí, señora Balbina!

LOLO.—(Saliendo seguido por todos los de la tasca, menos RICARDO y el TÍO MARAVILLAS.) ¡El satélite, machos!

BALBINA.—¡Pero si es una estrellita de na!

LUIS.—¿Sabéis cuántas vueltas al mundo da al día?

SEÑOR PACO.—Demasiás. Terminará liándonos, ya veréis.

LOLO.—(Admirativamente, mirando hacia arriba.) ¡Qué tíos los rusos!

SEBAS.—¡Si es el de los americanos, chalao!

LOLO.—Bueno, ¿y qué? ¿Es que no puedo decir ¡qué tíos los rusos!

ABUELA.—No se le ven las alas.

AGUSTINILLO.—Si los satélites no llevan alas, abuela.

ABUELA.—¡Malo! ¡Malo! ¡Invención del diablo será!

SEBAS.—Dentro de poco la invitaré a dar una vueltecita por la luna, abuela.

ABUELA.—Invítame a cochinito en casa Botín, que me urge más.

(Todos van girando la cabeza.)

LOLO.—¡Gol, abuela! ¡Chuta usté como nadie!

LUIS.—Si cae ahora nos da en el coco.

(De la tasca salen el TÍO MARAVILLAS y RICARDO completamente borrachos. El TÍO MARAVILLAS sale con su manojo de globos.)

TÍO MARAVILLAS.—(Tartajeando.) ¿Dónde, dónde está ese globo? ¡Con competencias a mí! Pero ¡qué se habrán creído esos americanos? ¡Ni que fueran los únicos! En todas, en todas partes cuecen globos.

(RICARDO le quita un globo.)

LOLO.—¡Josú, qué papalina!

MARÍA.—Ricardo, ¡sube ahora mismo!

RICARDO.—(Soltando el globo que tiene.) ¡Sube, globito! ¡Sube!

MARÍA.—¡Malditos borrachos!

TÍO MARAVILLAS.—(En alto.) ¿Quién ha dicho borrachos? (Risas.) ¡Silencio! (Suelta y le ayudan a soltar siete globos.) ¡Mirad, mirad! ¿Cuántos satélites hay ahora en el aire? Contadlos: ¡siete! Y de los siete, solamente uno no es nuestro. (Jolgorio.) ¡Viva el más allá!

RICARDO.—¡Viva! ¡Viva!

(Por el fondo de la calle aparece NACHO. Se acerca a AGUSTINILLO, le dice algo al oído y los dos, corriendo, desaparecen por el fondo de la calle. El diálogo no ha cesado.)

Lo a los
como
x
A

TÍO MARAVILLAS.—¡Azules! ¡Encarnaos! ¡Amarillos! ¡Verdes! ¡Somos los creadores del arco iris! ¡Viva la fantasía!

ALGUNAS VOCES.—¡Viva!

TÍO MARAVILLAS.—(Repartiendo globos.) Toma, para ti; cogerlos, amigos, y cuando los soltéis, seguirlos con la mirá hasta el infinito. ¡El más allá es nuestro!

LOLO.—¡Viva el tío Maravillas!

TODOS.—(Entre risas.) ¡Vivaaaa!

(JUAN, que se ha mantenido como al margen de todo el jolgorio, se dirige hacia la chabola y entra. Mientras sigue lo de afuera, él se desnuda y se acuesta. MARÍA baja y, a la fuerza, se lleva a RICARDO.)

TÍO MARAVILLAS.—(Ordenando en voz alta.) ¡Soltad los globos e inmortalizarme, machos!

LOLO.—(Soltando su globo.) ¡Inmortalicémosle!

LUIS.—(Soltando el suyo.) ¡Que no palme!

BALBINA.—¡Na de criar malvas!

LOLO.—¡Viva el tío Maravillas, el incorrupto!

TODOS.—(Sin perder el aire de guasa.) ¡Vivaaa!

TÍO MARAVILLAS.—¡Silencio! (Alzando más la voz.) ¡Silencio! ¡Mirad mis globitos de colores! ¡Suben! ¡Suben! Cerrad ahora los ojos e imaginároslos: ¡A que son los primeros en llegar a la luna?

LOLO.—(Ridiculizando.) ¡Ahí va, sí!

TÍO MARAVILLAS.—(Muy serio, muy emocionado, con voz muy cálida.) ¡Señores! ¡Por favor, señores! (De pronto exclama.) ¡Viva España! (Se hace un silencio absoluto.) ¡Viva España! (Cae de rodillas y, golpeando el suelo con los puños, vuelve a exclamar entre sollozos.) ¡Viva España!

(Hay un instante en que sólo se escucha el jadeo del TÍO MARAVILLAS.)

SEBAS.—Échame una mano, Lolo.

LOLO.—(Ayudando a SEBAS a levantar al TÍO MARAVILLAS, le dice a éste.) Ande, vámonos a casa.

(Desaparecen por el fondo derecha.)

LUIS.—¡Pobre hombre!

SEÑOR PACO.—De campeonato ha sido la de hoy.

ABUELA.—Y siempre el mismo final: ¡Pal arrastre!

BALBINA.—¡Qué pena de hombres!

(Cae un globo y, en el aire, lo coge LOLITA.)

ABUELA.—A ver si se cae el satélite y explota.

BALBINA.—¡Qué cositas se le ocurren, abue...! (Se oye una explosión. Luego otra. Después, un poco más intensa, la última. El susto es enorme. Hay desbandada general. BALBINA se mete en su casa exclamando.) ¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!

LUIS.—¿Qué es eso?

LOLA.—(Llamando a su hija.) ¡Lolita!

ABUELA.—(Metiéndose en la chabola.) ¡Maldito satélite!

LUIS.—¿Qué ha sío eso, señor Paco?

SEÑOR PACO.—¡No sé! ¡No sé!

(Detrás de la ABUELA entran en la chabola LOLITA y LOLA. JUAN se incorpora y pregunta.)

JUAN.—¿Qué es lo que pasa?

LOLA.—No sabemos, Juan. ¿Tú crees que vuelve a...?

LUIS.—(Al SEÑOR PACO.) Con estos nervios se imagina uno lo peor.

JUAN.—(Agitado, a LOLA.) ¡Y Agustinillo?

LOLA.—(Angustiada.) ¡Mi hijo!

MARÍA.—(Asomándose al corredor.) ¡Qué ha pasao, señor Paco?

LOLA.—(Corriendo hacia la puerta.) ¡Mi hijo!

JUAN.—(*Deteniéndola.*) ¡No salgas, Lola!

MARÍA.—¿Ha explotao el satélite?

LOLA.—¡Agustinillo!

LUIS.—(*A MARÍA.*) ¡Ha sonao a bombas!

MARÍA.—(*Metiéndose, desesperada.*) ¿Otra vez?

LOLITA.—¡Nacho! ¡Agustinillo!

(Intenta ir a buscarlos. En la puerta la detiene LOLA. JUAN, con sólo los pantalones —descalzo y en camiseta—, sale apartando nervioso a su hija. Al ver al tabernero y a LUIS se dirige a ellos y les pregunta.)

JUAN.—¿Habéis visto a mi hijo?

LUIS.—No, Juan. No lo hemos visto.

(JUAN desaparece corriendo por el fondo izquierda.)

ABUELA.—¡Maldito! ¡Maldito satélite!

LOLITA.—(*Angustiada.*) ¡Mamá! ¡Déjame ir a buscarle!

LOLA.—(*Sujetándola.*) ¡No! ¡Tú no!

SEÑOR PACO.—(*A LUIS.*) ¿No olfateas la chamusquina?

LUIS.—Lo que es yo no me deajo liar otra vez.

ABUELA.—(*Dándose un golpe en la frente.*) ¡Los petardos! ¡Malditos críos!

LOLA.—(*Desde la puerta.*) ¿Qué dice usted?

ABUELA.—¡Que esos críos llevan la sangre del diablo! Claro, ¡con tanta película de guerra!

(Toda la escena anterior, en la que el diálogo ha surgido de todas las partes del escenario, es una escena rapidísima. Por el fondo de la calle aparece JUAN, que trae a AGUSTINILLO y a NACHO cogidos, al primero por una oreja y al segundo por el brazo. NACHO viene exclamando.)

NACHO.—¡Suélteme, señor Juan! ¡Suélteme!

SEÑOR PACO.—(*Adelantándose.*) ¿Pero han sío éstos? (*Cogiendo a NACHO.*) ¡Déjame! ¡Déjame a éste!

LUIS.—(*Sacándose el cinto.*) ¡Ahora mismo lo breo!

(Alza el cinto para descargarlo sobre NACHO. Éste, de un tirón, se escapa y sale corriendo por el fondo derecha, no sin antes llevarse una patada que le da el SEÑOR PACO.)

LOLITA.—¡Corre, Nacho! ¡Corre!

SEÑOR PACO.—(*Saliendo detrás de NACHO.*) ¡Anarquista!

LUIS.—(*Dándole el cinto a JUAN.*) Toma, Juan. ¡Escarmentia por lo menos a ése!

(AGUSTINILLO se suelta y va a escudarse en su madre.)

AGUSTINILLO.—¡Madre!

JUAN.—(*Cogiendo el cinto de LUIS, se lo muestra a su dueño y, duro, le pregunta.*) ¿No te parece, Luis, que esto ya se ha utilizao bastante?

(Tira el cinto contra el suelo. La ABUELA, LOLITA y LOLA, con AGUSTINILLO abrazado a ésta, se meten en la chabola. LUIS recoge su cinto y, poniéndoselo, se va por el fondo de la calle, no sin antes despedirse de JUAN.)

LUIS.—Hasta mañana, Juan.

JUAN.—Hasta mañana, Luis.

(Entra en la chabola. El SEÑOR PACO reaparece jadeante y se mete en la tasca. En la chabola todos, menos LOLITA, se comienzan a acostar. Ésta coge los zapatos de su padre, se sienta en una banqueta y, con cierta calma, se

pone a limpiarlos. Una música melancólica, que deja en el ambiente una matizada sensación de soledad, se empieza a oír. Lentos, se ven caer sobre el escenario unos cuantos globos.)

TELÓN

*Salgo bñ escaleras
Juan y Balbina*

*Ruina entra Juan
rompe camisa etc.*

ACTO TERCERO

El mismo decorado. Al levantarse el telón se ve, tendida en la cuerda del solar, la camisa. Tiene el faldón roto; está gastada

(Por el fondo de la calle aparece un golfillo con una cesta de reparto de comestibles al hombro. La lleva cogida con la mano izquierda. En la derecha trae una armónica. Desde antes de aparecer en escena viene tocando el pasodoble que subraya esta obra. Al llegar al centro del escenario se para y deja la cesta en el suelo. Sacude la armónica contra la palma de su mano izquierda, quitándole así la saliva. Carga otra vez con la cesta y desaparece por el lateral izquierdo, siempre tocando el citado pasodoble. Con la musiquilla perdiéndose a lo lejos aparece JUAN por el fondo de la calle. Viene con la indumentaria de todos los días y firme. Sospechosamente firme. De vez en cuando da un traspiés. Al llegar ante la camisa la mira. Luego, en un raptó de furor, la desgarró en dos mitades. Hecho esto, abre la puerta de la chabola violentamente con el pie. Entra y se tumba en la cama. Al corredor de MARÍA sale BALBINA con un barreño de ropa lavada y la va tendiendo en la cuerda. Acabando de tender un camión de dormir sale RICARDO al corredor.)

RICARDO.—¡No sé cómo agradecerélo, señá Balbina!

BALBINA.—Esto lo hago por ella, no por ti. ¡A ti ya te había yo estrangulao! ¡Maldita sea tu sangre!

RICARDO.—¡Me cegué, señá Balbina! ¡No supe lo que hacía!

BALBINA.—Pero sí sabes meterte en la tasca: ¡a olvidar! A olvidar ¿qué? ¿Que tenéis unas mujeres que son las que de verdá aguantan lo que cae sobre vosotros? ¡Vaya unos tíos! ¿Sabes lo que te digo? ¡Que sois bazofia! To lo arregláis con media frasca de tinto.

RICARDO.—(Sin darse por aludido.) Se encuentra mejor la María, ¿verdad?

BALBINA.—Ella tie más reaños que tú.

RICARDO.—Si a usté le parece, aviso al médico. ¡

BALBINA.—¡A la guardia civil es a quien habría que avisar! Pero ¿es que no te has dao cuenta que casi la matas?

RICARDO.—¡Le juro que me cegué, señá Balbina! ¡Es que esa manía que le ha dao de agarrar la sartén...!

BALBINA.—¿Y qué quieres que haga la pobre cría? ¿Besarte el mal vino cada vez que se lo baboseas?

RICARDO.—¡Me cegué!

BALBINA.—Y ¿no sabías que estaba en estao?... Dejémoslo, Ricardo. (Acaba de tender la ropa y se enfrenta con él.) Pero escúchame: como mientras ella esté en la cama te bebas un tanto así de vino (Junta el índice y el pulgar.), ¡te juro por mis muertos que te arranco las entrañas!

(Se agacha y coge el barreño.)

RICARDO.—(Dolido.) ¡Soy un miserable, señá Balbina! ¡Un canalla! ✓

BALBINA.—(Sin acritud.) Le he puesto dos sábanas más. Mañana lavaré las vuestras. Anda, vete a su lao. Yo me voy a preparar la cena. Procura que esté quieta, que no se mueva.

RICARDO.—¿Y la hemorragia?

BALBINA.—Parece que se le ha cortao. De toas formas hay que avisar al médico. Seguramente tendrán

que hacerla un raspao. Oye: la María se ha caído por la escalera, ¿entendido? Pues hala, pa dentro. (Lo empuja.) ¡Y no te me derrumbes, hombre!

(Se mete detrás de él. En la chabola, JUAN se levanta y con cuidado, por lo que ha bebido, va y enciende la luz. Luego, con algún traspies, arrima una silla a la mesa y se sienta. Saca una carta sin sobre del bolsillo y se pone a leerla. Pronto la estruja entre sus manos y la arroja con furia contra el suelo. Toda esta escena de JUAN comienza con las últimas frases que acaba de pronunciar la SEÑORA BALBINA. Por el lateral derecha entran en escena LOLITA y NACHO.)

NACHO.—Me lo ha contao el Agustinillo.

LOLITA.—¡Pero si sólo se lo he dicho a la abuela!

NACHO.—(Parándose.) Y la abuela a tu madre. Y cuando se lo decía, el Agustinillo pegó la oreja.

LOLITA.—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso ha pasao algo? ¡Ni que hubiera entrao a servir en su casa!

NACHO.—Ese tío es un mal bicho, Lolita. Lo que quiere es abusar de ti. ¡Y me lo cargo, eh! ¡Cerdo!... ¿Te acuerdas de la Mari Loli, la del pocero? Pues a ésa la tenía echao el ojo y en cuanto se la redondearon las carnes... ¡Pa qué contarte! Ese canalla se ceba donde ve hambre. No petardos: ¡un día le coloco una bomba en la tasca!

(Pausa.)

LOLITA.—¿Sabes que ha escrito el Sebas?

NACHO.—Sí, me lo ha contao tu hermano. Ya era hora que el tío se acordara. ¿Cuántos días hace que se fue?

LOLITA.—Pues verás... Al día siguiente de morirse la mujer del tío Maravillas. O sea: dieciséis, diecisiete,

veintidós días. ¡No te puedes imaginar la bronca que ha habido en casa!

NACHO.—Es que, por lo que me ha contao el Agustín, la cartita se las trae, tú.

LOLITA.—Pues a pesar de to mi madre se va.

NACHO.—Mi tío dice que hay que irse por sindicatos, que a los que se van por las buenas se las hacen pasar morás. ¿Sabes que en muchos sitios ponen cartelitos prohibiéndoles la entrá? ¡Ha venío en el Ya, no creas! Chica, ni que fuéramos unos mal nacíos. ¡La madre que...! Na; que he cambiao de parecer y en cuanto me especialice me largo a Suiza. ¡Te enseñaré a esquiar, chatilla!

(Por el fondo de la calle —lateral derecha— aparece AGUSTINILLO. Detrás, rezongando, viene la ABUELA.)

ABUELA.—Espera, condenao, espera.

AGUSTINILLO.—*(Al lado ya de LOLITA y NACHO, les pregunta vivamente.)* ¿Os habéis enterao?

LOLITA.—¿De qué?

ABUELA.—¡Este crío me trae a matacaballo!

AGUSTINILLO.—*(A la ABUELA, que pasa de largo.)* Abuela, ¡no lo saben!

ABUELA.—*(Metiéndose en la chabola.)* Yo no entiendo de futboles.

AGUSTINILLO.—*(A LOLITA y NACHO.)* Que el Lolo ha acertao. ¿A que no sabéis cuántos resultaos?

NACHO.—¿Trece?

AGUSTINILLO.—¡Catorce!

NACHO.—*(Vivísimo.)* ¿Catorce? ¿Ahivá qué tío? ¿Y cuántos boletos máximos...?

AGUSTINILLO.—No sé, eso no lo sé. ¡Pero como sean tres o cuatro...!

(Sin acabar la frase sale corriendo y entra en la chabola para dar la noticia a su padre. Éste, que se ha levantado en busca de cerillas para

encender un cigarro, acaba de tirar, sin querer, uno de los cacharros de cocina al suelo. Se le sigue notando un poco la borrachera. La ABUELA acude a él solícita.)

ABUELA.—Juan, hijo...

AGUSTINILLO.—Padre, ¿sabes qué...?

(Pierde el entusiasmo y se queda mirando cómo la ABUELA trata de espabilar a JUAN.)

ABUELA.—Acuéstate, anda. No vas a poder ir a la estación.

AGUSTINILLO.—Padre, ¿te has enterao de lo del Lolo? Ha acertao catorce resultaos...

(Se corta ante una seña de la ABUELA, indicándole que se calle. JUAN va a coger el cántaro de agua.)

ABUELA.—*(Quitándole el cántaro.)* Deja. Yo te la echaré.

(AGUSTINILLO, al ver que su padre no le hace caso, sale a reunirse con LOLITA y NACHO que, desde la puerta, han visto el resultado de la noticia. Juntos los tres, se van calle adelante comentando.)

AGUSTINILLO.—Le hablas y como si na. Parece ido.

LOLITA.—Son muchos días sin trabajo.

NACHO.—Y ahora lo que le faltaba: que vuestra madre se dé el bote.

AGUSTINILLO.—*(Saliendo detrás de ellos.)* ¿Se estará quedando mudo?

JUAN.—¿Y su hija?

ABUELA.—*(Que acaba de echar agua en una palangana que ha colocado encima de una silla.)* Ya tie el billete. Compréndela, lo hace por el bien de todos. *(JUAN se*

refresca varias veces el cogote.) En esta casa hace falta dinero: Hay niños. ¿Es que no lo comprendes? A tu hija...

JUAN.—(*Irguiéndose.*) ¿Qué pasa con mi hija?

ABUELA.—Han empezao a mirarla con ojos de deseo.

JUAN.—(*Violento.*) ¿Quién la mira así?

ABUELA.—¿Qué más da quién? Los hombres. Tú mismo si no fuera hija tuya. ¡Y es mala compañera el hambre, Juan! Pero ¿y tú? ¿Es que no te fijas en ti? Estás criando mala sangre. Y ya no es fácil estar a tu lao. (*JUAN se seca el cogote con una toalla.*) Cuando la Lola se fue al Rastro a comprar la camisa, ¿cómo iba? Tampoco te fijaste. Claro: ya estás hecho a verla sacrificará; aquí se ha hecho costumbre la miseria. ¡Sin una lágrima, Juan! ¡Sin una lágrima se fue a comprar la camisa! ¡Te juro que nunca la vi tan dura! En mis tiempos, cuando ocurrían cosas así, lloriqueábamos un poco y muchas de las penas se nos ahogaban en las tazas de tila. Hoy el tiempo no tie alma, no admite tangos. O luchas o te acogotan. Yo, te digo mi verdá, preferiría que te marcharas tú y no la Lola; pero tampoco hay que hacer aspavientos porque sea ella la que agarre el tren. (*Pausa.*) La acompañarás a la estación, ¿verdá? Su mayor alegría hubiera sío que esa camisa que está tendía ahí fuera no se hubiera desgastao tan inútilmente. Cada vez que la lavaba, cada vez que la planchaba ¡a mordiscos se destrozaba los labios! Y sin darse cuenta —¡tuve miedo, hijo!— repetía las palabras que, según tú, te daba el secretario del patrón: «¡Dis-cúlpele! Tenga usted la amabilidad de volver otro día. ¡Hoy está muy ocupao...!» Juan: ¡no la hagas sufrir más!

(*Fuera se enciende el farol.*)

JUAN.—Si yo me fuera, abuela, sería un fracasao. Y yo no he fracasao; ¡le juro que yo no he fracasao! Y si ella se va...

(*Pausa.*)

ABUELA.—Volverá, Juan

JUAN.—Claro que volverá. ¡Pero porque yo me quedo aquí! (*Va hacia la puerta y sale de la chabola. Hace un instante que el TÍO MARAVILLAS ha entrado por el fondo izquierda, vestido de riguroso luto, derrotado. Va a pasar de largo, sin ver a JUAN. Este le saluda.*) Buenas noches, tío Maravillas.

TÍO MARAVILLAS.—(*Se para y se vuelve hacia JUAN. En tono grave, sentencioso, anormal, le dice.*) Malas y solas, Juan. ¡Malas y solas!

JUAN.—¿Le apetece un vasito?

TÍO MARAVILLAS.—(*Grotesco y extraño.*) ¡Le apetece un vasito!... ¡Siempre lo mismo!

JUAN.—¿Y los globitos? Ya no...

TÍO MARAVILLAS.—Ya no ¿qué? (*Ausente.*) El arco iris es pura filfa. ¡No existe!

JUAN.—¿Qué dice usted?

TÍO MARAVILLAS.—¡Soy un estafaor, Juan! ¡He estafao a tos los chavales del barrio!... ¿Te has fijao en la mirá de un chavea cuando descubre por primera vez los globos? ¡Impresionante, Juan! Miran preñaos de fe los mocosos, como si en este puñetero mundo to estuviera bien hecho. Les bulle la alegría en los ojos y te hacen creer que... ¡la madre que los parió! (*Ríe, nervioso, desquiciado.*) ¡Un estafaor! ¡Soy un estafaor!

ABUELA.—(*Que ha salido de la chabola, atraída por la risa del TÍO MARAVILLAS.*) ¿Se encuentra usted mal? ¿Necesita algo?

TÍO MARAVILLAS.—Asesinar los globos, abuela. ¡Asesinarlos!

ABUELA.—Acompáñalo, Juan. Llévalo a casa.

TÍO MARAVILLAS.—¿Qué dices, abuela? ¿A qué casa? ¿Dónde está la casa?

JUAN.—(*Cogiéndolo.*) Ande, vamos a dar una vuelta los dos.

TÍO MARAVILLAS.—(*Grotesco.*) Una vuelta, dos vueltas, ¡y vengan vueltas! (*Ríe amargo.*) Y alrededor ¿de dónde?... (*Señalando el suelo.*) ¿Alrededor de aquí?

JUAN.—Vamos, le acompaño a donde usted quiera.

TÍO MARAVILLAS.—Al mismo sitio, hermano. Pero quieto, quietecito, ¿o acaso crees que ahora estamos paraos? Los pies no dejan de caminar. Siéntate y es igual. Túmbate y es igual. Lo demás son globitos. (*Pregonando.*) ¡Pal nene! ¡Pa la nena! ¡Pal filósofo también! (*Cambiando de tono.*) No existe, ¡el arco iris es pura filfa! (*Yéndose con JUAN por el lateral derecha.*) Tos los globos son negros. ¡Negros! ¡Negros!

(*La ABUELA, que los ha seguido hasta el centro de la calle, mira cómo desaparecen y se vuelve. La SEÑORA BALBINA, que se ha desomado al corredor atraída por las voces, le pregunta.*)

BALBINA.—¿Pasa algo, abuela?

ABUELA.—Na, el tío Maravillas. Lo van a tener que atar. Al pobre hombre se le ha metío en la sesera que tos los globitos están de luto. ¡No creas que la ocurrencia!

BALBINA.—La muerte de la Julia lo ha trastornao.

ABUELA.—Pero, mujer, ¡si la Julia llevaba años siendo un cadáver!

BALBINA.—Sí, pero un cadáver vivo, abuela. ¡Y eso tira lo suyo! ¿Y la Lola? ¿Con la maleta hecha ya?

ABUELA.—Toavía no; pero poco tie que meter. Tengo que subir a ver a la María. ¿Cómo sigue?

BALBINA.—Parece que mejor. ¡También el Ricardo!

ABUELA.—Tos, Balbina, tos. A veces me dan miedo. No me gusta ver a los hombres así. Empiezan con las broncas caseras y nunca se sabe dónde pueden acabar ¿De cuántos meses estaba la María?

BALBINA.—Andaba en el segundo.

ABUELA.—En fin, un alcohólico menos.

(*Camina hacia la puerta de la chabola. Al lado de la camisa tendida se para.*)

BALBINA.—Ella estaba muy ilusioná.

ABUELA.—No me lo explico. Si yo estuviera en edá de parir... ¡Que no, vamos! ¡Que yo no traía un hijo a este barrio!

BALBINA.—Eso lo dice usted porque ya está chocha. ¡Que se le levantaran los pechos y veríamos! Además, la Lola, qué: ¿es de trapo?

ABUELA.—Eran otros tiempos, Balbina.

BALBINA.—Claro, los de su juventú. ¡Y con qué aire debieron sonarla a usted los tacones!

ABUELA.—(*Fijándose en la camisa y tocándola.*) Pero ¿qué le ha pasao a esta camisa? ¡Vaya un desgarrón!

BALBINA.—¡Qué barbaridá! ¡Condenaos críos! ¡Es pa matarlos!

ABUELA.—Por un lao han hecho bien. Entre lavaos, planchaos y zurcíos llevaba lo suyo la pobre. En fin, dos trapos de cocina saldrán.

BALBINA.—Cuando vivía mi marido, una de las camisas que le compré le duró cinco años. Y no crea usted que se la puso pocas veces. Él decía que era como su propia piel. Cuando se la cosía exclamaba: «¡Anestésiala bien, no me vayas a hacer daño!»

ABUELA.—¡Anda y que no eres exagerá! Según tú (*Señala la camisa.*), a ésta hay que enterrarla, ¿no?

BALBINA.—No se lo tome a chungu. Yo le digo a usted que las ropas del pobre se humanizan.

ABUELA.—¡No me hagas llorar, Balbina! ¿Quieres que le coloque cuatro cirios a ésta (*Señala otra vez la camisa.*) y comenzamos el velatorio?

BALBINA.—Chunguéese, que no le vale. ¡Ni que una no estuviese enterá de la historieta del cuello duro! Huele eso a romántico que apesta. Mire usted, abuela: las sábanas de mi noche de bodas están más vivas que yo. ¡Y han bregao lo suyo, eh! Cuando me quedé sola las retiré a descansar y sólo las espabilo en algún aniversario. Y to hay que decirlo. ¡Alguna lagrimita me sacan las condenás! Y es que he pasao muy buenos ratos encima de ellas.

ABUELA.—¡Y malos, Balbina!

BALBINA.—Pues sí señora, ¡y malos! ¡Como que la vida da y exige! Bueno, a otra cosa. Le he hecho unas empanadillas a la Lola pa que se las coma a mi salud en el viaje. Luego se las bajo. Son de carne picá. ¿Cree usted que le gustarán?

ABUELA.—Como gustarle, sí. Lo que pasa es que la van a pillar el estómago desacostumbrao. A mí la carne me da hipo; pero se me quita al ver el precio.

BALBINA.—(Riéndose.) ¡Qué cosas tiene! Las he hecho con carne picá del supermercao. O qué se ha figurao usted: ¿que soy don Carlos March?

ABUELA.—Don Juan, Balbina. Don Juan (Husmeando.) ¿Se quema algo?

BALBINA.—(Metiéndose apresuradamente, exclama.) ¡La leche!

(La ABUELA Inspecciona un poco la camisa.
De la tasca sale el tabernero.)

SEÑOR PACO.—¡Mala está la prenda!

ABUELA.—(Dejando la camisa.) ¡Mala, pero muy honrá!

SEÑOR PACO.—¿Hay quién lo dude?

ABUELA.—Por si acaso.

SEÑOR PACO.—Usted no me tie mucha ley, ¿eh, abuela?

ABUELA.—Si usted lo dice...

SEÑOR PACO.—No lo digo, ¡lo palpo! ¿Y por qué?, me pregunto. (La ABUELA se le queda mirando.) Uno está sembrao de buenas intenciones. ¿Se va la Lola, no? (La ABUELA sigue mirándole sin contestar.) Pue que tenga suerte y pue que no. Ya sabrá usted que la cosa por allá anda un poco achuchaílla. ¿Lo sabe o no? (Pausa.) El Juan no trabaja, y una chapuza de vez en cuando no es solución. Mi señora apenas pue con su cuerpo, y he pensao que si Lolita... (La ABUELA se da la vuelta y va a entrar en la chabola.) Escúcheme, abuela. (La ABUELA

entra y él la sigue hasta la puerta.) ¡Podría ser la solución...! (La ABUELA le corta de un portazo. Él, rabioso, desfoga despectivo.) ¡Muertos de hambre! (Hace unos instantes JUAN ha entrado por el lateral derecha y ha oído la exclamación. Seguro, firme, se dirige hacia el SEÑOR PACO, que está de espaldas. El tabernero, al volverse, lo descubre y, un poco nervioso, le dice.) ¿Te has enterao de lo del Ricardo? ¡Ese muerto de hambre...! De una paliza le ha provocao un aborto a la María. (Gritando hacia los corredores.) ¡Muerto de hambre!

(JUAN, que trae las manos en los bolsillos, las saca. El tabernero cree que el movimiento es para pegarle y, de modo instintivo, se echa para atrás. JUAN, fríamente, le dice.)

JUAN.—¡Muertos de hambre! (Agarrándole de las solapas y como escupiéndole.) ¡Pero usted está muerto de miedo! (Lo echa hacia la taberna. El SEÑOR PACO hace intención de revolverse. Pero termina metiéndose rápidamente en la taberna. JUAN llama en la puerta de la chabola.) Soy Juan, abuela. (La ABUELA abre. JUAN entrando.) ¿Qué ha pasao?

ABUELA.—Lo de siempre, hijo. ¡Que a perro flaco...!

JUAN.—¿Qué quería ése?

ABUELA.—Na: Se me ha puesto a tiro y le he soltao tres frescas, eso es to.

JUAN.—¿Es que la ha insultao?... ¡Diga!

ABUELA.—Es que es un tipo que me asquea y delante de él se me va la lengua.

JUAN.—¡Maldito acoso! Un día...

ABUELA.—¡Cálmate, hijo! Ya no puede tardar la Lola, y no quiero que te vea alterao. (JUAN se sienta. Los codos sobre las rodillas, entrelazadas las manos y la mirada fija en el suelo. La ABUELA acaba de colocar en una caja de cartón comida para LOLA.) Le he puesto una buena tortilla de patatas, unos trocitos de pescao frito, pan y manzanas. Pal primer día tiene. Luego ya com-

prará ella algo. ¿No te parece? *(Pausa.)* Si crees que es poco, puedo acercarme a por algo de queso. Con la mitá de cuarto de manchego, arreglao; ¿te parece o no? *(Pausa.)* Claro que ella no es de mucho comer. Es capaz de volver de Suiza con la tortilla. *(Cambiando de tono.)* ¡Ha sufrido mucho, Juan; si la dejas marchar sin una sonrisa tuya, la apuñalas. Me acuerdo cuando os casásteis. ¡La alegría con que salísteis de la iglesia! Lloré como una tonta. Y tú, reventabas de gozo. ¡Y qué guapo estabas, condenao! *(Pausa.)* Mira, una cosa es cierta: que to el que nace, palma. Tú, la Lola... No hay cristo que se escabulla de la gran arruga final. Sabiendo esto, ¿vas a consentir que la Lola se vaya de mala manera? Lee los periódicos. Tos los días pasa algo. Si a mí se me hubiera ocurrió pensar que al final de mi Anselmo había un cadáver, algunos de los recuerdos que me mordisquean el alma no existirían. Y vamos, la vida que estáis llevando la Lola y tú no es como pa que les deis pie a los posibles remordimientos. *(Pausa.)* Qué, ¿voy a por el queso? *(Pausa.)* Juanillo, hijo; ella se va un poco asustá. ¿Te crees que si no fuera por el Agustinillo y la niña...? ¡Y por ti, muchacho! ¡Y por ti! Teme que un día explotes, que se te revienten las venas y salpiques de sangre. Ella busca la paz.

JUAN.—*(Irguiénáose.)* ¿Y yo qué busco, abuela?

ABUELA.—Pero, hijo, la paz puede estar en tos laos.

JUAN.—Sí. Pero, pa nosotros, primero debe estar aquí.

ABUELA.—Bueno, ¿voy a por el queso o no?

JUAN.—Haga lo que usted quiera.

(Por el fondo de la calle aparecen NACHO y AGUSTINILLO, saltando a pídola. Detrás de ellos viene LOLITA. AGUSTINILLO se agacha y NACHO, al saltar, exclama.)

NACHO.—¡Media con lique! *(Le da un buen lique en el trasero. AGUSTINILLO se incorpora llevándose una mano a*



Foto del estreno en el Teatro Goya, de Madrid. Una escena del tercer acto

la parte dolorida. Con NACHO agachado, salta a su vez y le pega un fuerte golpe con el pie. NACHO se medio incorpora llevándose las dos manos al trasero y exclamando.) ¡Tu padre!

LOLITA.—¡Qué brutos sois!

NACHO.—¡Me ha baldao!

AGUSTINILLO.—Y tú, ¿qué?

LOLITA.—Los chicos sois unos bestias.

AGUSTINILLO.—¿Qué quieres, ¿que juguemos a las comiditas?

NACHO.—Venga, ¡agáchate, que me toca!

AGUSTINILLO.—¡Se va a agachar tu...!

NACHO.—(Enfrentándose con él.) Mi ¿qué?...

AGUSTINILLO.—(Dándose la vuelta con desplante.) ¡Olvídame!

LOLITA.—Déjalo, Nacho.

AGUSTINILLO.—Oye, niña, ¿por qué no te las das?

NACHO.—Te estás volviendo muy farruco tú.

AGUSTINILLO.—¡Porque se puede, cuñao!

NACHO.—(A LOLITA.) ¿Le sacudo? (A AGUSTINILLO.) ¡Un día te apago los humos, chaval!

AGUSTINILLO.—¡Le echas tú muy mal carbón a la vida pa que no te humé!

LOLITA.—Ni caso, Nacho. ¡Es un tonto!

AGUSTINILLO.—(Burlón y afeminado.) ¡Ay, mira tú! ¡Lo dijo la Blasa y to dios pa casa! (Viril.) ¡Amos, chica!

(Sale la ABUELA de la chabola y exclama, dirigiéndose a LOLITA.)

ABUELA.—Nena. (Le alarga dinero.) Toma y dile al Casimiro que te dé la mitá de cuarto de queso manchego. Hala, espabila.

(La ABUELA se mete de nuevo en la chabola. LOLITA, que ya está a punto de salir por el fondo, se vuelve y pregunta, dirigiéndose a NACHO.)

LOLITA.—¿Me acompañáis?

NACHO.—Yo voy.

(Intenta salir, pero AGUSTINILLO lo sujeta y le echa hacia atrás.)

AGUSTINILLO.—Vete solita, guapa. ¡Qué pelma! Deja un ratito a los hombres solos, ¿quieres?

NACHO.—(Yendo nuevamente hacia ella.) Yo te acompaño.

AGUSTINILLO.—(Enfrentándose con NACHO.) Si vas tú, voy yo.

NACHO.—¡Maldita sea! (Amenazador.) ¡Pero...! (Definitivo.) ¡Es mi novia!

AGUSTINILLO.—(Definitivo también.) ¡Es mi hermana!

NACHO.—Y ¿qué?

AGUSTINILLO.—¿Qué? ¡Que las manitas, supervisás por mi menda, tocón! ¡Que eres un tocón!

NACHO.—¡Que yo...?

AGUSTINILLO.—¡No, yo! ¡Que no vendo los iguales, chalao! Y ahora me explico por qué me sacudes los liques con tan mala uva. (Empujando a LOLITA hacia la salida.) Venga, tira, que está esperando el Casimiro.

LOLITA.—(Saliendo.) ¡Vaya hermanito!

AGUSTINILLO.—(Abrazando, guasón, a NACHO.) ¡Me adora, Nacho! ¡Y tú?

NACHO.—(Echándole hacia fuera.) ¡Tira pa lante, so vaina!

(En la chabola.)

ABUELA.—(A JUAN.) Se le está echando el tiempo encima. ¿Por dónde andará? (A JUAN, que se levanta y camina hacia la puerta.) ¿Te vas? (Trata de detenerle.) ¡Escucha, Juan! ¡No te vayas! ¡La Lola...! (A JUAN, que sale.) ¡Juan, hijo...! (Sola.) ¡Qué vida ésta!

(JUAN se dirige hacia el fondo de la calle. Cuando va a salir por la derecha, aparece

LUIS, *que viene corriendo, y le dice en tono entusiasta.*)

LUIS.—¡Catorce resultaos el Lolo! *(Yendo hasta la puerta de la taberna, voceando.)* ¡Señor Paco! *(Vuelve hacia JUAN y recalca.)* ¡Y sólo tres máximos acertantes! *(Al ver que JUAN desaparece, sin hacerle caso, vuelve hacia la tasca murmurando.)* ¡Ni caso! ¡Vaya un tío! *(Hacia el interior de la tasca.)* ¡Señor Paco!

SEÑOR PACO.—Pero ¿qué pasa?

LUIS.—¡La intemerata, señor Paco! ¡El Lolo se nos ha pasao al otro bando!

SEÑOR PACO.—¿Qué dices?

LUIS.—Na: ¡solomillo tos los días! ¡Cuarto de baño! ¡Calefacción! ¡Gachises con ropa interior d'esa que da repeluzno. Pero, sobre toas las cosas, ¡el respeto del patrón! Qué, ¿no es na un boletito con catorce aciertos?

SEÑOR PACO.—¿Catorce? Pero ¿cuántos...?

LUIS.—¡Sólo tres! ¡Tres máximos acertantes! Mire usted, señor Paco: el día que yo chute y marque los catorce tantos que se ha marcao el Lolo, agarro a la parienta y a los cinco chaveas y me largo a Málaga. *(Estirando los brazos, desperezándose.)* ¡Un año tumbao en la arena y a la orilla del mar!... Bueno, voy a seguir dando el notición.

SEÑOR PACO.—Más de uno se va a cabrear.

LUIS.—*(Yéndose.)* Peor pa él. ¡Que se pudra, si ese es su gusto! Hasta luego. *(Saliendo por el fondo izquierda.)* ¡El Lolo es millonario!

(El tabernero se queda quieto, con la mirada fija en el lateral por el que acaba de salir LUIS. Por el fondo de la calle, con una maleta de segunda mano, aparece LOLA. Al pasar por delante del SEÑOR PACO se para y parece que le va a decir algo. Luego, muda, sigue hacia la chabola. El tabernero se mete en la tasca.)

LOLA.—*(Entrando en la chabola.)* Hola, madre. ¿Y Juan?

A BUELA.—No sé, hija. Supongo que estará al llegar.

LOLA.—He recorrió medio Madrid pa encontrar esta maleta.

(Deja la maleta sobre la mesa. La ABUELA la abre.)

A BUELA.—*(Inspeccionándola.)* No es muy allá.

LOLA.—No había pa más. Pero ¿no ha estao aquí después de irme yo?

A BUELA.—*(Yendo por un trapo.)* Habrá que limpiarla un poco.

(Vuelve con el trapo y se pone a limpiar la maleta.)

LOLA.—Este hombre me va a dejar ir más amargá de lo que estoy. ¿Cuándo se marchó?

A BUELA.—Al poco rato de irte tú.

LOLA.—Y ¿no dijo dónde iba?

A BUELA.—¿Es que dice algo alguna vez?

LOLA.—Estoy tentá de quedarme: ¡Me da miedo dejarle así! *(Repentina.)* Madre: ¡escribame tos los días, se lo ruego! Cuénteme lo que hace Juan, lo que hacen los niños. ¡Y cuídemelos mucho, madre!

A BUELA.—Cuidarlos, sí. Pero en cuanto a escribirte... ¿Sabes cuánto vale un sello pa ese país? ¡Un duro! ¡Veinte reales, hija!

LOLA.—Del primer dinero que envíe reserve usted pa las cartas. *(Suplicante.)* ¡Que no me falten! ¡Las necesito!

A BUELA.—*(Cambiando.)* Bueno, que el tiempo apremia.

LOLA.—Hay de sobra, no me atosigue.

ABUELA.—Las gentes de hoy tenéis una cachaza pa eso de los trenes... ¡No me explico cómo no los perdéis! La comida te la he coloco en esta caja. He mandao a la niña por mitá de cuarto de queso...

LOLA.—¡Le dije que no gastase un céntimo más en mí!

ABUELA.—Hija, ¡que no es a Cuenca donde te vas!

LOLA.—Llevo comida de sobra. Qué quiere, ¿que la tire por la ventanilla? Hoy el extranjero está a un paso.

ABUELA.—(Un poco dolida.) ¡No me regañes ahora!

LOLA.—¡Estoy desesperá! ¡No es posible que Juan me haga esto!

ABUELA.—Ya verás cómo llega de un momento a otro. Él es bueno.

LOLA.—Pero está desquiciao. No está en sí, madre.

ABUELA.—Vendrá. El dolor lo traerá. Anda, tranquilízate. (Pausa.) Te cenas unos trocitos de pescao, algo de queso y una manzana. Lo que no te he compraó ha sío vino. Iré por medio litro, ¿quieres?

LOLA.—(Va hacia el armario y lo abre.) Con una botella de agua tengo suficiente.

(BALBINA sale de la casa de los corredores y avanza hacia la chabola. Trae un pequeño paquete.)

ABUELA.—¡Agua de Lozoya! La vas a echar de menos, hija. Dicen que es la mejor del mundo. Y yo creo que no exageran.

BALBINA.—(En la puerta.) ¿Se pue entrar? (Dentro.) Lola, aquí te traigo unas empanadillas que me han salío de rechupete. Cómetelas cuando pases la frontera: ¡verás cómo lloras!

ABUELA.—(Chungona.) ¡Ni que fueras la cocinera de algún pez gordo!

LOLA.—(A BALBINA.) Muchas gracias por to, señá Balbina. Es usté muy buena.

BALBINA.—Corrientita, hija. Lo poco que sé de bondad me lo han enseñaó otras. Y te advierto que, como discípula, no soy muy aventajá. Y cambiemos el disco, que unas empanadillas no dan pa tanto.

LOLA.—Bien sabe usté que no se lo digo sólo por eso.

BALBINA.—¿A que la que llora soy yo?

ABUELA.—Pues era lo único que nos faltaba.

BALBINA.—¿Es que pasa algo? (A LOLA.) ¡Alegra esa cara, mujer! ¡Que el mundo se ha quedao sin distancias! Ya el único viaje largo es el último.

ABUELA.—¿Cuál, Balbina?

BALBINA.—Ese en que se crían malvas. No hay ninguno como él. Y ¿sabe usté por qué? ¡Porque no admite empanadillas!

ABUELA.—Pues sí que vienes tú hoy...

LOLA.—¡Cállense! ¡Por lo que más quieran!

BALBINA.—(Acercándose a la ABUELA.) ¿Qué sucede?

ABUELA.—Juan. Teme que no venga a despedirla.

BALBINA.—No le conocéis. Ése es de ley. (A LOLA.) Puedes hacer la maleta tranquila.

(Por el fondo derecha entran LOLITA, NACHO y AGUSTINILLO. La siguiente escena se desarrolla simultáneamente entre éstos y las que están en la chabola haciendo la suya.)

LOLITA.—(Entrando, a NACHO.) A la abuela le eres simpático.

NACHO.—(Rápido.) Sí, pero a tu madre...

BALBINA.—Las dos manos en el fuego pongo yo por tu marido.

AGUSTINILLO.—A nuestra madre también, chalao. Lo que pasa es lo que pasa.

BALBINA.—Teme más bien que cuando te dé el abrazo de despedida no te suelte.

LOLA.—Pero ¿qué hace, señá Balbina? ¿Dónde está?

AGUSTINILLO.—(A NACHO, empujándole hacia la chabola.) ¡Venga, entra!

NACHO.—¡No, no!

BALBINA.—Andará callejeando.

NACHO.—Yo espero a que se lo digáis.

BALBINA.—Quitándole tiempo a la despedida pa no hacerla insufrible.

LOLA.—Eso es cruel.

LOLITA.—Pero no te vayas, ¿eh?

BALBINA.—Sí, mujer. Pero ninguno de los dos tenéis la culpa.

AGUSTINILLO.—¡Que se va a ir! ¡Menudo lagartón!

LOLITA.—(Entrando en la chabola.) Hola, señora Balbina.

ABUELA.—(Cogiendo el paquetito de queso que le alarga LOLITA.) ¿Es mitá de cuarto?

AGUSTINILLO.—Sí, abuela. Esta vez no se ha comío na.

LOLITA.—Madre... (LOLA, que anda en el armario, del cual ha ido sacando prendas y dejándolas encima de una silla que está al lado de la maleta, se queda mirando a su hija.) Madre... Fuera está Nacho.

LOLA.—¿Qué quiere?

LOLITA.—Dice que le gustaría despedirse de ti. ¿Le dejas entrar?

LOLA.—Sí, hija. Dile que entre.

(Le dice esto después de mirarla un instante, comprensivamente.)

LOLITA.—(Rápida, va alegremente a la entrada y exclama, dirigiéndose a NACHO.) ¡Ha dicho que sí! ¡Pasa, Nacho! ¡Que sí!

(NACHO, indeciso, no entra. AGUSTINILLO, empujándole, le obliga.)

AGUSTINILLO.—(Chungón, a NACHO.) ¡Venga!

NACHO.—(Ya dentro de la chabola.) Buenas tardes, señora Lola.

ABUELA.—Y a los demás, ¿qué?

NACHO.—Dispensen. Es que estoy un poco... (Desde la puerta, LOLITA le empuja hacia su madre. NACHO, al lado de LOLA.) ¡Que tenga usted un viaje bueno, señora Lola!

(Le alarga la mano.)

LOLA.—(Estrechándole la mano y acariciándole la barbi-lla.) Gracias, hijo.

NACHO.—(Alegre, pero tímido.) ¡Y suerte, señora Lola! ¡Mucha suerte!

(Mientras se ha desarrollado esta escena, la ABUELA le ha dicho algo al oído a AGUSTINILLO. Este hace señas a LOLITA para que le siga. Salen. Detrás de ellos, impresionado por la acogida de LOLA, sale NACHO.)

AGUSTINILLO.—(En el solar.) Hay que buscar a padre. Cada uno iremos por un lao.

LOLITA.—(Rápida.) ¡Yo me iré con Nacho!

AGUSTINILLO.—No, tú...

NACHO.—(Cortando.) ¡No va a ir sola a estas horas!

AGUSTINILLO.—(Después de mirarlos un poquito.) Está bien, pero... (Viéndolos salir por el fondo derecha.) ¡Cuidadito!, ¿eh?

(Sale por el lateral derecha. NACHO y LOLITA se han ido, cogidos de la mano y riéndose.)

BALBINA.—(A LOLA.) Te deseo todo el bien de este mundo, Lolilla. ¡Eres una gran mujer! (LOLA está preparando la maleta.) Y ya le he dicho a la abuela que yo como si fueras tú. ¡Te juro que me siento mu honrá ayudándote en to lo que pueda! (En un arranque, conmovida.) ¡Si yo fuera rica...!

LOLA.—Lo es usted, señá Balbina. Tie usted mucho corazón.

BALBINA.—Con corazón sólo no vale una más que pa la casquería, muchacha. ¡Y alegra un poquito esa cara, leñe!

(Por el fondo derecha de la calle, ensimismado, aparece JUAN.)

LOLA.—¡Cuánto le debemos, señá Balbina!

BALBINA.—No seas boba, criatura. En cierta forma yo os cobro un gran precio: el de sentirme hermaná con vosotros.

(Entra JUAN en la chabola. Las tres mujeres le miran. Al fin, LOLA exclama.)

LOLA.—¡Hola, Juan!

(JUAN no contesta. BALBINA, intencionadamente, le dice a la ABUELA.)

BALBINA.—Entonces, sube usté un momentito a verla, ¿no?

ABUELA.—*(Pescando la intención.)* ¡Sí! ¡Claro! *(Siguiendo a BALBINA hacia la salida.)* ¡Pobre María! Y ¿dices que está fuera de peligro?

BALBINA.—*(Ya en el solar.)* Eso me parece a mí. Pero yo no soy el doctor Tortosa, que es al que habrá que avisar.

ABUELA.—*(Siguiendo a BALBINA, que se dirige hacia la casa de los corredores.)* Pero ¿tienen pa pagarle?

BALBINA.—Si no pueden pagarle es igual; ése es un médico de verdá.

(Entran en la casa.)

LOLA.—Creí que no venías, Juan. *(JUAN, mudo, se sienta.)* Ya me queda muy poco tiempo. Dime algo, ¡te lo ruego! *(Le muestra un vestido de colores vivos, alegres. Un vestido barato, ya algo pasado.)* ¿Te acuerdas?... No había nació el Agustinito toavía. Un día, por San Isidro, me llevaste al centro y me lo compraste. ¡Un sábado fue! Por la noche fuimos a la verbena y nos gastamos to el jornal, ¿te acuerdas? Y qué disgusto me llevé cuando, a orillas del Manzanares, me ensuciaste el vestido de barro. *(Pausa.)* Ibas alegrillo, Juan *(Por el lateral derecha entran LOLITA y NACHO. Se les ve dichosos, enamorados. Se paran un momento en medio del*

escenario, se miran; él la enlaza por la cintura y así se pierden por el fondo de la calle.) Y yo no quería tumbarme. Luego te reías mucho; te duró mucho tiempo la risa. Y es que algo hizo ruido y te pregunté un poco asustá: «¿Qué ruido es ese, Juan?» «¿Los peces, Lolilla! ¿Los peces!» Y eran ratas, ¡grandes como gatos! Si lo llego a saber en aquel momento me muero. *(LOLA se ha acercado por detrás a JUAN e, inclinándose sobre él, le ha rodeado el cuello con sus brazos. Él se yergue, rechazándola. LOLA, brusca, se aparta y continúa metiendo prendas en la maleta. De pronto le muestra una combinación y le pregunta.)* ¿Tampoco te dice na esto? *(JUAN no contesta. LOLA le muestra otra prenda íntima.)* ¿Ni esto? *(JUAN se levanta y se va hacia el fondo. LOLA le muestra otra prenda más.)* ¿Ni esto? *(JUAN se vuelve hacia ella. LOLA, cogiendo otra prenda íntima, se la tira a la cara y exclama violentamente.)* ¡Ni na de esto!

(JUAN, frenético, se lanza sobre LOLA y, desesperadamente, la abraza. Ella le corresponde con igual intensidad. Al fin, JUAN, sin desprenderse del abrazo, la lleva hasta la cama. Hecho esto, va y cierra la puerta de la chabola con llave, apaga la luz, corre la cortina que aísla la cama del resto de la chabola y se queda dentro con su mujer. Una charanga - trompeta y tambor - irrumpe por el fondo de la calle. Traído en hombros por dos vecinos, aparece LOLO, exclamando.)

LOLO.—¡Bendita sea la madre que me parió! ¡Soy millonario!

(Por el lateral derecha, de un salto, aparece AGUSTINITO. Detrás de LOLO y los dos vecinos que le traen a hombros vienen LOLITA, NACHO y LUIS. De la taberna sale el tabernero y dos vecinos. Algunas vecinas más se suman al jolgorio.)

LUIS.—¡Vivan las quinielas!

ALGUNOS.—¡Vivan!

LOLO.—(A los que le llevan.) ¡Al suelo, machos, que no tengo acostumbrá la rabailla!

NACHO.—¿Qué pasa con la charanga?

LOLO.—(A los de la charanga.) ¡Eh, vosotros! ¡Venga ya, so vainas! ¡Adelante con la alegría! (Los de la charanga rompen a tocar de nuevo el pasadoble con que han hecho su entrada en escena.) ¡A bailar se ha dicho!

SEÑOR PACO.—(Bailando con una jovencita.) ¡Viva el señor Lolo!

TODOS.—¡Viva!

AGUSTINILLO.—¡Hala, hala! ¡Que la vida es corta!

SEÑOR PACO.—¡Viva la juventú!

LOLO.—(Mientras los demás bailan, juega al toro con AGUSTINILLO. Dejando de jugar.) ¡Alto los de la murga! (Cesa el jolgorio y todos atienden.) Venga, invito a to el barrio. A usted también, señor Paco.

LUIS.—Pero no en su tasca, que es un sitio muy tirao.

LOLO.—¡A la cafetería de la vuelta, machos! (Siguiendo a la charanga, todos, menos LOLO y el SEÑOR PACO, salen por el fondo izquierda. El tabernero se mete en la tasca a ultimar algo. LOLO se acerca a la puerta de la chabola y llama, insistentemente, con los nudillos.) ¡Juan! ¡Juanillo! ¡Lola! ¿Estáis ahí? (Va hacia la puerta de la taberna y vocea hacia dentro.) Señor Paco, ¿sabe si hay alguien en casa de Juan?

SEÑOR PACO.—(Desde dentro.) Sólo he visto salir a la abuela. La Lola tie que estar dentro.

(JUAN descorre la cortina.)

LOLO.—(Volviendo hacia la chabola.) ¡Pues debe haber palmao! (Dando nuevos golpes en la puerta.) Lolilla, ¡ábrele al gachó de los millones! (JUAN abre. Entra LOLO y, abrazándole, exclama, muy alegre.) Pero ¿no os habéis enterao? ¡Soy...! (Se corta al ver la maleta abierta y hecha encima de la mesa. De detrás de la cortina sale

LOLA, abrochándose la parte alta del vestido. LOLO, serio, le dice.) Lola, dile al Sebas que las cosas se me han arreglao. Dile que... ¡Que me quedo, Lola! ¡Que me quedo! (Dándole la mano.) Mucha suerte y buen viaje. (La luz de la tasca se apaga. Sale el SEÑOR PACO. Se da de cara con LOLO, que viene de la chabola.) ¡Viene usted, señor Paco?

SEÑOR PACO.—Sí, vamos.

LOLO.—(Yéndose con el tabernero hacia el fondo.) Con ese dinerito, ¿sabe usted?, voy a montar una pequeña cafetería.

SEÑOR PACO.—Trátame de tú, Lolo. ¡Trátame de tú!

(Desaparecen por el fondo izquierda. JUAN y LOLA, al lado de la maleta ya cerrada, se miran frente a frente. LOLA le acaricia un brazo. La ABUELA, que acaba de salir de la casa de los corredores, entra en la chabola y los sorprende. Emocionada, exclama.)

ABUELA.—¡Benditos seáis, hijos!

JUAN.—Abuela, vaya a por los chicos. Nosotros caminamos hacia el Metro.

(La ABUELA se va por el fondo izquierda. Subrayando la escena, comienza a oírse la música con que finaliza el segundo acto. JUAN coge la maleta y sale de la chabola. Se para un momento ante la camisa tendida en la cuerda del solar y, después de mirarla un instante, espera a LOLA al lado del fondo derecha, dejando la maleta en el suelo. LOLA, sola en la chabola, la recorre emocionadamente con la mirada. Con lágrimas en los ojos, acaricia la mesa y la besa. Luego, dirigiéndose a todo, exclama.)

LOLA.—De todos modos, ¡gracias!



Foto del estreno en el Teatro Goya, de Madrid. Una escena del tercer acto

(Ya en la puerta, apaga la luz, cierra y sale. La escena queda iluminada por una luz blanca, difusa, que parece concentrarse sobre la camisa. También se para ante la prenda. Pasa una mano por ella, como acariciándola. De pronto, de casa de MARÍA surgen, desgarradoras, las siguientes exclamaciones.)

MARÍA.—No puedo. (Angustiada.) ¡No puedo más!

RICARDO.—¡María!

MARÍA.—¡Déjame!

RICARDO.—¡María! ¿Qué vas a hacer?

MARÍA.—¡He dicho que me dejes! (Saliendo en camisón al corredor.) ¡Lola! ¡Lola! ¡Sácame de aquí! (Sale RICARDO. Ella grita desesperadamente.) ¡Sácame de aquí! (Sollozando, mientras RICARDO logra llevársela.) ¡Sácame de aquí, Lola!

(LOLA arranca de prisa y, siguiendo a JUAN, sale por el fondo derecha. Sobre la camisa, que queda como ahorcada, cae el)

TELÓN

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

Handwritten notes in Spanish:
 ... para el teatro ...
 ... del ...